

COLT

SONATA  
GITANA

*Sonata Gitana*

**COLT**

Editor Original: M.C.  
Diseñador Grafico y Editorial: *Mercedes  
Valentina Castillo*

**1° edición Junio 2017**  
**2° edición Octubre 2018**

Todos los personajes de esta obra son entes de ficción y cualquier semejanza con personas vivas o fallecidas es puramente accidental.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright ©Colt 2017  
All rights reserved.  
ISBN: 978-987-42-5899-1  
[www.colttheauthor.com](http://www.colttheauthor.com)

*“No sólo practiques tu arte, esfuérzate en encontrar sus secretos; el arte lo merece, pues él y el conocimiento pueden elevar al hombre hacia lo Divino”.*

***Ludwig van Beethoven***

# INDICE

I  
II  
III  
IV  
V  
VI  
VII  
VIII  
IX  
X

# I

Podría culpar a mi madre por todo esto, pero no lo haré. No caeré en sus costumbres así como cuando ella culpó a mi padre durante tantos años por nuestras dificultades.

La verdad es que, viendo todo en retrospectiva, las cosas pudieron haberse desarrollado de otra manera. Más simple y menos sangrienta de mi parte, pero simplemente no pude controlarlo.

Era 23 de febrero de 1780 cuando toda nuestra gratificante paz llegó a su fin.

La mañana de ese Martes fue tan caótica en la Mansión Van Curen que toda la ciudad se sumió en una neblina oscura y pestilente. Mi madre había amanecido sólo para encontrar a Baz, su esposo y padre de su único hijo, muerto.

Elene, mi madre, gritó y lloró por todos los rincones de la casa. Dirigió su angustia contra los sirvientes e hizo que sus lamentos llegaran a la ciudad. A pesar de su necesidad por llamar la atención de los vecinos, a mí no me dirigió la palabra. Una sirvienta llegó a mi recámara para contarme de nuestra pérdida. Porque, para ser justos, Elene había perdido un esposo y proveedor, pero yo había perdido a mi padre.

Tenía sólo cuatro años cuando esto ocurrió, y no entendía por completo el significado de la muerte, por eso el deceso de mi progenitor no trajo la tristeza desesperante que sufrió mi madre. En cambio, miles de preguntas saltaron en mi cabeza. Sabía el significado de que algo muriera. Había sido testigo de la muerte de cientos de ratas en manos de los sirvientes, pero por varios días me cuestioné si mi padre también había muerto acuchillado por los subordinados de la casa.

Pasaron varias semanas. Lo recuerdo sin problema porque mi madre,

aun llorando por la pérdida, exclamaba por cielo y tierra que se cumplían dos años de la excepcional presentación del alemán prodigio *Ludwig*. Con tan sólo cuatro años intentaba frenar las ganas de gritarle que se callara, a mí no me interesaba lo que hacía un niño a cientos de kilómetros.

Mi madre no pensaba lo mismo, y fue allí que me confesó la verdad de nuestra situación. Sólo en ese momento entendí que todo el teatro de viuda no era por haber perdido a su “amado” esposo sino que, en su ausencia, perderíamos la estabilidad social que ella tanto disfrutaba.

La mañana misma del 24 de marzo de 1780, un mes más tarde del fallecimiento de mi padre, los sirvientes acarrearón como mulas un pianoforte hasta el gran salón de fiestas, e instantes luego de haberlo acomodado al estricto antojo de mi madre, mi tortura comenzó.

Ella había derrochado una fortuna para conseguir aquel pesado instrumento, una obra de arte manufacturada por el mismo *Anton Walter*. Con la intención de que su único hijo tuviese escondido un genio musical muy dentro de ese cuerpo inocente, trasladó mis cosas al cuarto desocupado junto al Gran Salón y no me dio alternativa más que hacer de él mi nueva habitación.

Me obligaba a tocar día y noche. Incluso me despertaba en la madrugada sólo para verme ensayar un poco más, y ante cualquier error yo sentía sus reprimendas. Esa cruel mujer que juraba amarme como nadie más en el mundo, azotaba una larga vara de madera en mis manos y espalda cuando no lograba concluir una pieza. El dolor era insoportable, pero el cansancio y las ansias por volver a la cama me impulsaban a hacer las cosas bien.

Los años pasaron tan perezosamente que parecía una lenta agonía en la Casa Van Curen. A mis seis años había aprendido suficiente para ser comparado con el mismo Mozart, pero claro, siempre era opacado ya que para ese entonces el austriaco me llevaba años de ventaja. Yo sólo era una sombra inglesa detrás de su perfección. Por mi estaba bien, ya no odiaba la música y poco a poco había aprendido que ese piano iba a ser mi único amigo.

Elene me aisló del mundo, del contacto humano con otros niños y sólo dejaba que algunos sirvientes me dirigieran la palabra. Todo eso en pos a que mi genialidad quedara inmaculada de la peste del exterior. Si recibía afecto era de parte de Ingrid, mi nana, quien se encargaba de las tareas que una madre debía llevar a cabo.

Mi técnica era exacta, impecable, y emocional. Mis logros no tardaron en hacer ruido en la metrópolis y extranjeros le escribían a mi madre ofreciéndole grandes sumas de dinero para que yo asistiera a sus institutos. Finalmente pude borrar la desgracia del rostro de mi madre, se sentía orgullosa.

Veintena de personas asistían los fines de semana sólo para oírme tocar y, a mi corta edad, conocí lo que era dormir sólo tres horas al día en el intento de satisfacer los gustos de mi madre. Era un mono de circo que elevaba el nivel en su Salón de fiestas, y al terminar cada velada sólo recibía un “Bien hecho, Lucian”, y una palmadita en la cabeza.

La mañana del 8 de junio de 1790 algo cambió. Ese martes era víspera de mi cumpleaños y Elene había empeñado todos los ostentosos regalos de plata y oro de los años anteriores para costear una fiesta sin igual. Cumplía 14 años y todos parecían muy emocionados por ello, todos menos yo. Llevaba varios días confundido, la imagen de mi padre fallecido me despertaba todas las noches y no podía dejar de pensar en cómo se veía la muerte. Ingrid me había llenado de historias sobre ángeles, diablillos y una tétrica figura oscura que cosechaba las almas de quienes debían partir a un mundo intangible. De todas formas ese día descubrí algo que dejaría mis dudas existenciales a un lado.

Mientras la servidumbre corría de un lugar a otro preparando mi fiesta, yo posaba mis ojos sobre la figura de la sirvienta más joven, Lucrecia. Mi corazón se agitó al contemplar su escote, y no pude evitar sonrojarme.

Me encontraba en un estado aún desconocido para mí, y con la idea de su cuerpo y mis recurrentes pensamientos sobre la encontré mi primera musa.

La fiesta de cumpleaños transcurrió ajena a mí. A pesar de que Elene me obligó a tocar durante toda la velada mientras ella conversaba y se regodeaba con los invitados, yo estaba en una nube oscura muy lejos de la realidad. Mi falta de atención provocó muchos errores en mi extensa presentación, los cuales fueron seriamente castigados una vez la fiesta terminó.

Mientras era azotado en mi recamara por mi madre, el dolor se convirtió en el acompañamiento ideal para las turbulentas ideas que se cocinaban en mi cabeza.

Una mezcla confusa entre las historias religiosas de mi nana Ingrid, la pena del fallecimiento de mi padre, las ratas abiertas por loscuchillos de las sirvientas y la refrescante silueta de Lucrecia. Aquello anestesió los insultos

de Elene y eventualmente ella me dejó solo.

Esa noche no dormí. Sentía miedo por los cambios abruptos en mi cuerpo y al mismo tiempo lo disfrutaba. Esa extraña fiebre continuó día tras día hasta que mi madre se dio cuenta de lo que ocurría. Ella me atrapó varias veces observando con ojos lascivos a Lucrecia y supo disciplinarme de la forma más dura tras despedir a la sirvienta.

Extrañaba a Lucrecia, pero aun con su ausencia yo permanecía distraído. Intenté centrar mi mente, intenté con todas mis fuerzas pero con el pasar de las semanas mi estado no cambiaba. Me encontraba encendido como una chimenea y no encontraba la manera de apagar el incendio.

A mis 15 años Elene hizo algo al respecto, y contrato una dama de compañía muy famosa en la ciudad. Luego de un eterno parloteo sobre cosas femeninas y chismes de callejón, mi madre nos dejó solos en el Salón que conectaba a mi recámara.

Estaba nervioso. Entendía lo que mi madre intentaba lograr, pero no era un experto en el tema. Estaba seguro que se trataba de lo mismo que ella practicaba a media noche, cuando el sirviente más joven se escabullía por los pasillos e irrumpía en el cuarto principal, donde dormía Elene. Había estudiado aquella secuencia noche tras noche, escuchando por detrás de la puerta los salvajes sonidos que Frank provocaba en ella. Pero nunca había tenido el valor de abrir la puerta, temía que toda la escena que mi imaginación había creado se destruyera.

La prostituta se llamaba Claire Colloredo y era realmente hermosa. Delgada con caderas anchas que vestían a la perfección su esponjoso vestido color vino tinto. Su rostro marcado por las aventuras de una vida nada fácil permanecía agraciado. La observé de reojo durante toda la conversación con mi madre, y sabía que ambas tenían la misma edad.

—*Entonces, Lucian... ¿comenzamos?* —dijo entre risas al ponerse de pie.

Tragué con dificultad. No estaba listo.

La mujer tomó mi mano y me jaló hasta mi recámara. Lo que pasó luego acabó con toda inocencia en mí. A diferencia de Elene, esta mujer no hizo los mismos sonidos. En realidad no hizo ninguno, lo cual conllevó a una gran decepción. Cuando terminó su trabajo, me besó en los labios y abandonó la habitación. Del otro lado de la puerta, las voces de ambas mujeres se

juntaron.

Yo sólo me acurruqué con mi almohada y sentí rabia. Aquella experiencia me había dado placer, sí, eso no podía negarlo. Pero no era lo que mi cuerpo pedía. El incendio que me sofocaba aún permanecía intacto y el acto sexual convencional no era la solución.

Ingrid asomó su cabeza unos minutos más tarde para constatar que me encontraba dormido y acobijarme. Cerrando los ojos con fuerza y fingiendo un sueño profundo, escuché su voz.

—*Lucian, querido, perdona a tu madre...* —murmuró, y besó mi cabeza.

¿Por qué tenía que perdonarla? Esa mujer fría e interesada que portaba el título de madre me había abierto los ojos a una verdad que entendería años después.

\*

Faltaban pocos días para que 1791 llegara a su fin, y mi madre estaba preparando lo que sería la mejor fiesta de Fin de Año, sin menospreciar la “humilde” cena de Navidad.

La Casa Van Curen se llenó de extraños de todas partes de Europa. Músicos, políticos, médicos reconocidos y toda una maraña de personalidades que sólo se reunirían para alimentar sus propios egos.

En esa época yo me encontraba ansioso por conocerlos a todos, pero aquel contacto humano se me negaba de cuajo. Sólo podía entablar una conversación si ellos se acercaban a mí y a mi pianoforte, y sólo era por unos minutos ya que Elene aparecía en la escena y arrastraba a quien sea que estuviese cerca para que yo continuara con el entretenimiento. Aun así, recibía muchos halagos de parte de las féminas, ya que al parecer me había convertido en un joven atractivo: “La viva imagen de Baz” (mi padre), repetían. Mi cabello rubio y lacio hasta los hombros, mi figura esbelta, y mis ojos celestes eran un imán para las desdichadas mujeres de alcurnia que se posaban junto a mí.

Las damas exquisitamente vestidas de gala y los hombres con trajes calados al cuerpo y la frente en alto sólo reflejaban cuan horribles eran en el interior. Ahora comprendía por qué los sirvientes preferían estar encerrados

en la cocina que sirviendo en el Salón. Esas personas miraban con asco a los sirvientes y no les molestaba abusar de ellos cuando se les viniera en gana. Eso sí me molestaba. Yo no les conocía, pero con los sirvientes mantenía una relación familiar más fuerte que con mi madre.

Elene gastaba fortunas para mantenerme de pie a base de café molido y había despilfarrado todo lo que mis admiradores habían invertido en mí. Yo jamás vi un solo centavo. No me molestaba, no sabía en qué podría gastarlo. El mundo era totalmente desconocido para mí.

Y lo siguió siendo hasta la víspera de Navidad. Esa tarde mi madre le abrió las puertas a un médico oriundo de Alemania. Joven, esbelto, con cabello castaño cobrizo que se asimilaba al color de mi pianoforte. Por alguna razón, Elene estaba muy entusiasmada por su visita y no tardó en presentármelo.

Gerard Schreiber, ese era su nombre. Lo memoricé al instante que él lo dijo, tan sencillo y seguro que era imposible no haberle oído.

Mi madre estaba decidida a tener toda la atención del joven, pero él prefirió sentarse junto a mí en el banquillo y contarme unos chistes italianos que juraba no comprender. Yo sólo reí, estaba seguro de no haber reído desde antes que mi padre muriera, y eso había sucedido hacía muchos años.

Gerard se quedó a mi lado durante toda la noche, apoyado en un costado del piano hablándome de su carrera, de su turbulenta vida amorosa y de cómo sus pacientes provocaban en él la admiración y desconcierto. Para el Dr. Schreiber, los enfermos que acudían a él no eran más que conejillos de indias para sus experimentos.

—*Todo en pos de la ciencia.* —repetía agitando una copa de Brandy.

En cuanto a mí, escuché con atención cada una de sus palabras, incluso las descripciones degeneradas de sus encuentros amorosos.

Antes de que amaneciera, me fui a dormir con la satisfacción de haber conseguido un amigo, o eso creía yo. Nuestra relación se había forjado en un día y sin una sola palabra de mi parte, sólo risas aisladas y mi completa devoción a sus historias de vida.

Gracias a Dios, Elene dejó de prestarme atención en esa época. Se encontraba muy ocupada satisfaciendo las necesidades de los invitados y en la eterna búsqueda de un nuevo marido, lo cual aproveché cada segundo acompañado por el doctor alemán.

La fiesta de Navidad fue de lo más lujoso que se había visto en Londres: las más finas comidas, variadas bebidas de cada rincón de Inglaterra y, por supuesto, música tocada a pedir de boca de Elene, la anfitriona.

Los días pasaron y Víspera de Año Nuevo estaba a la vuelta de la esquina. Gerard me instruyó en las bases de la medicina y en el arte de un buen amante.

Una noche en particular en la cual mi madre estaba más ausente que nunca, permanecimos en el Salón y fue allí donde hablé con él por primera vez. Sorprendido por el sonido de mi voz, me alentó a seguir una acalorada conversación sobre sus enfermos y, antes de que pudiese darme cuenta de lo que tramaba, yo había desembuchado todo un historial psicológico para él.

Alegre por la breve anécdota de mi debut sexual, me alentó a que continuara. Según él, un hombre con muchas mujeres denotaba inteligencia y yo era un hombrecito inteligente.

Intenté explicarle que el ritual que la prostituta había hecho en mí no había satisfecho el instinto que llevaba dentro, y que estaba seguro que ninguna otra mujer podría hacerlo. Yo necesitaba otra cosa, algo desconocido.

El 31 de Diciembre de 1791, Gerard irrumpió en el Salón mientras yo tocaba una pieza propia. Llevaba tres años creando lo que mi madre aseguraba sería mi obra maestra.

—*¡Lucian!* —gritó mientras caminaba a paso acelerado hacia mí.—  
*¿Quieres conocer el mundo, mi amigo?*—agregó con una gran sonrisa en sus labios, y segundos más tarde Elene se hizo presente.

Ambos llegaron a mí rápidamente.

—*Usted no tiene derecho alguno a exigir algo así. Está demente*—dijo mi madre.

—*He conseguido una orquesta dispuesta a acompañar a su hijo por toda Europa. Ganará una fortuna, callará las bocas de todos y cada uno.*—  
agregó Gerard.

Yo sólo me mantuve en silencio, viendo como ambos discutían por mi destino.

—*Es mi hijo y yo dispondré de lo que haga o deje de hacer, Señor Schreiber.*

—*Usted lo tiene encerrado como si fuese un pájaro, en esta jaula enferma que llama hogar.* —Gerard comenzaba a alzar la voz cuando mi madre llegó a su límite.

—*Váyase de aquí, doctor. Ya no es bienvenido en la Casa Van Curen.* — las palabras frías de Elene dieron el punto final a la discusión y el quiebre de mi espíritu.

Gerard me dedicó una última mirada de tristeza y abandonó el Salón. No podía soportar su partida. Me puse de pie y por primera vez me opuse a mi madre.

—*¡No puedes hacer eso! ¡No puedes echarle!* —grité intentando no arrancar las teclas de mi instrumento mientras las estrujaba bajo mis manos.

—*¡Tú no me puedes hablar así, jovencito!* —alzó su mano y dejó que todo el peso cayera sobre mi mejilla— *Yo soy tu madre y harás lo que yo diga.*

Me dejó solo en mi agonía. Sentía rabia y deseaba que el incendio que sentía dentro de mí se esparciera por cada rincón de la Casa, quemando todo y a todos. Pero nada de eso pasó. Las personas comenzaron a llegar y contra mi voluntad desempeñé la mejor presentación de mi vida. La ira alimentaba mis dedos y me hacía olvidar la veintena de miradas que se posaban sobre mí.

“*Un completo éxito*”, así lo describió mi madre al terminar la velada.

## II

Gerard se había ido, pero me había dado sin querer la fuerza necesaria para enfrentarme a mi dictadora. Tenía un plan, uno tan perfecto que sólo podría llegar a dos finales: que mi madre accediera a devolverme el único amigo que había tenido, o que ella terminara por romper todos mis huesos como reprimenda por mi falta de respeto.

Así que sin dudarlo, el primer día de 1792, mi plan comenzó.

Me rehusaría a tocar sin importar lo que ella hiciera conmigo. La verdad sobre esto es que no podía concentrarme. El instinto que crecía dentro de mí y echaba raíces no me dejaba tocar. No podía pensar, ni dormir en las noches.

Elene hirvió en rabia y, luego de varios días de crueles castigos, por fin desistió; pero no de la manera que yo esperaba. Comenzó a llevarme mujeres para que yo pudiese satisfacer mi curiosidad. A mis quince años ya era sexualmente activo y eso me asqueaba. No me asqueaban las mujeres, no me malinterpretan, pero la intimidad con ellas no era lo que mi interior anhelaba.

Cada visita apaciguaba mi tempestad por unos días, le daba paz a mi madre durante una semana, y luego el temblor de las manos regresaba y me rehusaba a tocar.

Llegué al punto de considerar los encuentros como algo banal, un simple papeleo que debía hacer para calmar a Elene y sosegar la sed que me impedía tocar. Sed por algo que no conocía.

Un poco más de dos años pasaron desde la última vez que vi a Gerard,

y le extrañaba todos los días. Extrañaba hablar, ser escuchado, cosa que con nadie en la Casa podía hacer. Había cumplido un voto de silencio sin querer y lo mantenía a la perfección desde 1780. Mi única manera de expresarme era a través de las pulidas teclas de marfil. Mi gran compañero, mi fiel confidente, el instrumento que me había brindado su voz.

Faltaban dos meses para mi cumpleaños número dieciocho y Elene ya se encontraba histérica por ello. Deseaba hacer una fiesta que llenara la ciudad por completo. Quería ser noticia en toda Europa, aunque todos sabíamos que lo único que buscaba era un buen marido que la elevara a un estatus aun mayor al que tenía.

Yo tenía visitas todas las semanas. Los días miércoles una prostituta tocaba a mi puerta y soportaba media hora de sus parloteos femeninos antes de que hiciera su trabajo.

Luego de que la robusta dama de compañía abandonara mi recamara ese día, me dirigí a mi pianoforte. Deseaba componer algo único, una deliciosa pieza que demostrara cuanto odio sentía por mi madre, pero no podía pensar en nada. Sin importar cuanto esfuerzo pusiera en ello, el resultado era siempre el mismo: piezas vulgares, mediocres y aburridas. La odiaba por eso también.

Yo no era un erudito de la música, nunca había sido un niño genio como las personas con quienes me comparaban. Había aprendido a amar la música pero ella no a mí.

Permanecí por largas horas sentado frente a la ventana, observando cómo el mundo continuaba sin mí. Veía cientos de personas cruzar frente a la casa, riendo, discutiendo y sintiendo el aire fresco en sus rostros. También los odiaba a ellos.

Nada tenía sentido en realidad, hasta que la vi. La contemplé durante los pocos minutos que mi rango de visión me lo permitió.

No era la mujer más bella, definitivamente había dormido con prostitutas que la dejaban en vergüenza, pero ella tenía algo que hizo que mi mente se apagara y mi corazón latiera con fuerza.

Se trataba de una gitana. Una mujer de unos veinte años cubierta con un colorido vestido de múltiples telas, como si ella misma lo hubiese confeccionado. Me pareció grotesco, pero en ella quedaba bien. Era diferente, no llevaba una gran falda inflada y espumosa, algo que era raro en ese lado de la ciudad.

Su cabello tan negro como el carbón y ondulado hasta la cintura era

también una bocanada de aire fresco. Salvaje y despeinado. Y su piel más oscura que todas las personas que pasaban a su lado terminó por hechizarme.

Me sentí extasiado, no pude alejar mis ojos de su figura balanceándose por la calle. Sus pasos eran tan gráciles que parecía que bailaba.

Cuando desapareció del camino, sentí el incendio incrementarse. Una inmensa bola de fuego creció en mi pecho y me obligó a tocar.

“*Sonata Gitana*” lo nombré, y como si mis dedos estuviesen poseídos, le di rienda suelta a la inspiración.

Esa noche sólo pude pensar en ella. Imaginaba mis dedos enredados en su cabello, el sonido de su risa y hasta el perfume que llevaba. Le di una historia, un nombre, creé un universo entero sólo para ella, pero al salir el sol la mañana siguiente todo eso desapareció.

Su recuerdo me abandonó como lo había hecho Lucrecia, como lo había hecho Gerard, y mi padre.

Continué desganado la sonata que había comenzado el día anterior hasta que mis ojos se posaron nuevamente en el exterior justo en el instante en el que ella pasaba. Me agazapé junto a la ventana y permanecí allí hasta perderla de nuevo.

Así la contemple día tras día, durante un mes completo. Todas las mañanas antes que se hiciera la hora del receso de los pescadores en el muelle, ella pasaba horrorizando a las personas de la ciudad con su exquisita originalidad. Las mujeres la miraban con rabia y asco al ver su cabello despeinado y sus faldas coloridas mientras que los hombres deseaban en la intimidad poseerla. Ella era diferente, una gema extraña en las entrañas de Londres. Dejando ver sus hombros desnudos y su cintura angosta era inevitable que los hombres voltearan a verla. Y ella lo sabía, lo que no sabía era que tenía su propio admirador secreto, posado en la ventana....acechando.

Fuera de mi burbuja de fantasía, Elene estaba perdiendo la razón. Se había encargado de reducir la cantidad de sirvientes a lo necesario para poder costear sus gustos excéntricos y, gracias a mis frecuentes ataques de ansiedad, las presentaciones eran cada vez menos, lo que implicaba menos dinero para su bolsillo.

Aun así, todas las noches nos visitaban varias familias acogidas por todas las comodidades que podíamos pagar. Tocaba desganado, todas las noches asombrando a extraños sólo para complacer a mi madre.

Durante el día el asunto era muy distinto, ya que tocaba feliz y alegre durante toda la mañana, alimentado por la imagen de la Gitana. Pero cuando

su recuerdo me abandonaba y la sangre comenzaba hervir dentro de mí, era yo quien abandonaba la música. No la deseaba, la detestaba y me hería si insistía tocarla sin ganas.

Como un círculo vicioso, mi madre contrataba a otra dama de compañía y yo era sosegado por unos días más. Pero desde que aquella mística mujer había aparecido en mi vida, las prostitutas no lograban sedarme, al contrario me enfurecían ya que ninguna de ellas era ella.

A pocos días de mi cumpleaños ocurrió lo que cambiaría el rumbo de toda mi existencia. Descubrí por accidente la cura para mi enfermedad...

El 4 de junio de 1794, como todos los miércoles, recibí la visita de una ramera. Pero yo no estaba feliz, me molestaba su presencia en el Salón y no soportaba el aroma a Brandy que exudaba por sus poros, tan ácido y tan contundente que me provocaba náuseas. Todo en ella me molestaba, el exceso de maquillaje en sus mejillas, sus cejas abultadas y despeinadas e incluso las venas azules que mostraba su muslo, intentando ser sensual. La odiaba, sabía que tarde o temprano debería conducirla hacia mi recámara y hacer lo que tenía que hacer sólo para que Elene tuviese la conciencia tranquila.

Porque no había otra razón para aquello. Tenía edad suficiente para salir a la calle y buscar mi propia mujer, pero ella me retenía allí, como un pájaro. Gerard mismo lo había dicho. Traer mujeres para mi entretenimiento sólo sedaba el remordimiento de ser una pésima madre.

—*¿Entonces? Podemos empezar cuando quieras*— dijo seseando mientras tocaba su busto.

Apreté la mandíbula con fuerza. No podía aceptar el hecho de que esa mujer, sucia y maleducada, se recostara sobre mi cama. La odiaba por ser prostituta, la odiaba por su hediondo olor, la odiaba porque ella creía que yo la deseaba. La odiaba porque no era la gitana.

Se puso de pie y caminó hacia mi habitación y, antes de cruzar el umbral, desató el corset que mantenía todo su abdomen en su lugar. Me regaló una última mirada sensual y desapareció en la oscuridad de mis aposentos.

Mis músculos se encontraban inyectados de energía, no podía dejar de apretar mis puños de la rabia y, mientras ingresaba a mi habitación y veía el escenario vulgar sobre mi cama, algo despertó.

Todo a mí alrededor se difuminó y un agudo sonido penetró en mis oídos. La odiaba, no era la gitana, no era nadie.

Tomé un abridor de cartas, herencia de mi padre, y lo empuñé como un cuchillo. Cerré la puerta tras de mí y me abalancé sobre ella.

Sus gritos no fueron inmediatos. Ella esperaba otra cosa sobre ella y no el filo de un abrecartas de plata. Azoté su abdomen con él, luchando contra ella y sus brazos regordetes que me golpeaban.

Su voz ahogada en desesperación fue alimentando la furia de cada puñalada. Cuatro, cinco, seis... ¿por qué no se callaba? Antes de encestar mi séptimo estacazo, ella golpeó mi rostro haciendo que trastabillara hacia atrás y cayera de la cama.

¡Enfurecí! Mis venas se llenaron de odio y satisfacción, y haciendo gala de mi ventaja sobre ella me levanté velozmente y clavé mi abrecartas en su cuello regordete y sudoroso. Tan fácil como cortar el pavo en las Fiestas, el filo se deslizó por todo su cuello y una lluvia incontrolable de sangre me cubrió.

Me mantuve sobre ella hasta que dejó de moverse y el chorro rojizo se detuvo.

La paz que sentí en ese momento no tenía igual. El incendio que hacia mi vida imposible, cesó. Se apagó como si el río de sangre lo hubiese extinto. Sentía placer, satisfacción, calma y felicidad. Me sentía nuevo y mejorado.

Me puse de pie junto a la cama, observando el cuerpo inerte de la mujer y la imagen de las ratas muertas de mi infancia resurgió. Estaba muerta como las ratas. Como mi padre.

Toda la habitación dejó de girar a mí alrededor y los golpes en la puerta me regresaron a la realidad.

—*¡Lucian! ¡Abre la puerta en este instante!* —la voz de Elene alertada seguramente por los gritos de la prostituta se oía del otro lado de la madera.

Me tomé el tiempo para admirar la pieza de arte que estaba frente a mí: la sangre había cubierto gran parte de la cama y tanto el suelo como mi cuerpo se encontraban teñidos de rojo.

Caminé lentamente a la puerta y quité el seguro antes de hacerme a un lado. Mi madre abrió la puerta abruptamente y su rostro de enojo y preocupación se distorsionó.

—*Dios mío...*—musitó y cubrió su boca con sus manos.

—Lo sé....—respondí seguro de que a mi madre le había fascinado mi obra maestra.

—*¿Qué has hecho, Lucian? ¿Qué has hecho...?* —preguntó con lágrimas en los ojos y levantando su vestido para no mancharse de sangre.

Nos quedamos en silencio por un minuto.

—*Ve a bañarte, Lucian.* —una orden fría y directa.

Cuando preparé mi boca para responderle, ella me detuvo.

—*Yo me encargaré de limpiar esto, la policía no se enterará.* —las palabras de Elene llegaron a lo profundo de mi ser.

Mientras caminaba con tranquilidad por el Salón, el rompecabezas de mi vida terminó de encajar. Había encontrado la manera de apagar mi instinto y Elene me apoyaba en eso.

Me bañé, y le di varias horas a Ingrid para limpiar la habitación y para que mi madre ordenara todos los cabos sueltos del crimen.

Está de más decir que Ingrid no volvió a dirigirme la palabra, eso fue un puñal en el corazón. Era lo más cercano a una madre y jamás fue lo mismo después de ese día.

Elene, por otro lado, se comportaba más condescendiente conmigo. Aun insistía en mis prácticas diarias y continuaba con las fiestas todas las semanas, en las cuales yo me desempeñaba mejor que nunca.

La música regresó a mí como un amante arrepentido y yo la abracé sin reclamos. Me sentía completo, renovado y en paz.

Ordené a los sirvientes que movieran el pianoforte junto a la ventana, y todas las mañanas al despertarme me ubicaba allí, esperando a la Gitana.

Memorizaba todos sus atuendos, los pendientes exageradamente largos y ostentosos que portaba. Cada detalle de ella era exquisitamente precioso para mí. Cuando ella desaparecía de mi visión, mis dedos eran poseídos y tocaba durante todo el día.

### III

La Sonata Gitana, mi melodía, aun no estaba completa, pero al tocarla en mi Fiesta de Cumpleaños número dieciocho los invitados de Elene quedaron fascinados, como yo estaba fascinado por mi musa.

A la mañana siguiente esperé ansioso por ella, apoyado sobre el ventanal buscándola entre la gente. Cuando la vi no pude evitar sonreír, pero la ilusión se rompió en mil pedazos al verla acompañada de dos hombres. Altos, de tez similar a la de ella, sólo un poco más oscuros. Vistiendo ropas horripilantes características de su cultura.

Los dos hombres la acompañaban uno de cada lado, uno de ellos guiaba sus pasos dejando que la Gitana posara sus manos en su brazo. Aquel gesto me enfureció.

Cerré las cortinas del ventanal y me alejé de allí.

—*¿Quién es ese hombre?* —grité y dejé que la ira escoltara el resto de mis movimientos.

Arrojé una estatuilla de yeso sobre la pared y todo lo que se encontraba cerca le siguió.

Elene no tardó en ingresar al Salón, esta vez con precaución.

—*¡Lucian! ¡Basta!* —gritó y se acercó a mí para quitarme la jarra de cristal de mis manos.— *¿Qué ocurre?*

No le dije nada, sólo clavé mis ojos en los suyos inyectados de tristeza y enojo.

—*Ve a bañarte, yo me encargaré...* —dijo nuevamente, repitiendo aquella secuencia de vergüenza.

Así lo hice, y durante mi baño maldije e intenté odiar a la Gitana, pero fue inútil. No podía odiarla, la amaba.

De regreso al Salón, mi madre me esperaba con un regalo: Una joven mujer de mi edad, rubia con el cabello recogido en un rodete perfecto.

La dama era hermosa, deliciosa, pero no era la Gitana. Su ropa fina, limpia y delicada ocultaba su piel de una manera mucho menos vulgar que las otras prostitutas.

Sonreí, porque me di cuenta que Elene aun pensaba que mi apetito era sexual. Yo deseaba tenerlas sobre mi cama, pero no desnudas.

Miré a mi madre, quien se presentaba seria y estoica junto a la muchacha.

—*Lucian, ella es Belle. Esta aquí para encargarse de ti.* —esas fueron sus últimas palabras hasta que la dama entró en mi habitación y yo intenté seguirle.

Elene me frenó en el camino y en modo de susurro me dijo: “*Que no ocurra otra vez, Lucian*”

Aquella orden cohibió toda mi felicidad, hizo que mis manos se ataran detrás de mi espalda y sintiera un grillete de hierro en mi cuello.

Así lo hice, detestando cada segundo de nuestro encuentro. Belle hizo su trabajo y me dejó en soledad y a oscuras en mi recámara.

Intenté sosegar la rabia cerrando los ojos e imaginando a la gitana. Cuando los ruidos en el Salón se calmaron y pude confirmar que me encontraba solo, salí de mi cuarto y toqué. Toqué con cólera y con desesperación la sonata para la Gitana.

\*

Mi hermosa musa pasó frente a mi ventana la mañana siguiente, esta

vez en solitario mostrando al mundo su colorido vestido y una sonrisa tan liberal y autentica que no había manera que encajara con el resto de los burgueses.

Me apoyé en la ventana abierta y aspiré con fuerza, imaginando que su perfume llegaba a mí. La gitana frenó en su camino y saludó a varios hombres, entre los cuales estaba uno de los sirvientes de Elene. Les entregó dos papeles pequeños y les sonrió con gracia. Ella era un ángel traído a este mundo sólo para torturarme.

Las horas pasaron y esperé ansioso al sirviente. Cuando puso un pie en la Casa, me abalancé sobre él con preguntas.

La joven se llamaba Kostana, una gitana francesa que llevaba más de dos años en Londres.

Le pedí con urgencia que me mostrara lo que ella le había dado y, sin dudar, el joven sirviente dejó en mis manos un papel, una tarjeta de color crema con una seguidilla de palabras en tinta china.

**“Fiesta de la Luna”**. Sólo eso decía. No lo entendí hasta que el subordinado me explicó: su caravana abandonaría pronto Londres y para recaudar dinero para hacerlo, dejarían que los curiosos ingleses asistieran a su Fiesta de la Luna. Bebidas, música y danzas exóticas de la intimidad gitana para el deleite de todos.

—*Tenemos que ir...* —dije inmediatamente.—*¿Cuándo es?*

El sirviente me miró con tristeza y gracias a sus ojos caídos supe qué era lo que estaba pensando. Elene jamás me dejaría abandonar la Casa y mucho menos dirigirme a una fiesta de esa calaña. Una piedra maciza y venenosa comenzó a crecer en mi pecho.

—*Tienes que ayudarme a ir...*—tomé su mano con fuerza. —*Necesito salir de aquí, podemos ir juntos.*

—*Tu madre me mataría si lo hago...*—su voz reflejaba miedo.

—*No, no, no, por favor. Ella no se enterará, juro que no se enterará.* —mi mente buscó en mis recuerdos y saltó ante mis ojos la única posesión que mi madre no había vendido. —*Te daré el anillo de mi padre, oro puro. Es tuyo si me llevas.*

Una sonrisa se dibujó en sus labios, era obvio que aceptaría con eso. Ese anillo poseía un gran valor sentimental, para mí no valía más que asistir a esa fiesta.

Él aceptó. La Fiesta de la Luna sería en unas semanas, cuando la luna se llenara por completo. Tenía que hacer tiempo hasta el primero de Julio, y esa dulce espera fue mi tortura.

Mi mente se convirtió en una tormenta imparable, observaba a Kostana en la mañana y el resto del día lidiaba con el incendio dentro de mí.

Una semana había pasado de la visita de la hermosa prostituta y, como día miércoles, Elene apareció en el Salón acompañada de una mujer.

Me puse de pie de un salto al verlas, feliz de que ambas estuvieran allí. Mi madre la invitó a sentarse en uno de los sillones y conversaron por más de una hora sobre los chismes de sus otros clientes.

Yo me encontraba impaciente, necesitado y sumamente alterado. La Gitana había regresado en la mañana pero esta vez acompañada por un hombre y mis celos habían crecido hasta el punto de creer odiarla.

Lilian, así se llamaba la dama de compañía. Una mujer de unos treinta años, con cabello negro y unos ojos azules grandes y redondos. Ella no me desagradaba, pero no era la gitana.

Cuando Elene nos dejó solos, le indiqué que ingresara a mi recámara. Su toque en el amor fue delicado, su piel sedosa muy diferente al áspero tacto de las otras prostitutas.

Pero lamentablemente el incendio dentro de mí tomó el control. Durante el acto mi cabeza sufría convulsiones, las imágenes se distorsionaban dentro de mí.

Frené de golpe, y levantándome desnudo de la cama busqué por algo que calmara mi locura.

La mujer notó mi estrés, se sentó en la cama y esperó paciente a que yo decidiera regresar.

Caminaba de un extremo de la recámara a la otra, frente a ella.

—¿*Deseas que paremos?* —preguntó dulcemente.

Su voz me hizo enojar, me provocó repulsión por alguna razón desconocida. Caminé hasta la mesa junto a la puerta y abrí uno de los cajones: allí estaba, brillante y limpio el abrecartas de mi padre.

La yema de mis dedos rozó su filo. Debía controlarme.

—¿Te encuentras bien? —preguntó nuevamente.

Y fue allí que toda razón desapareció de mi mente. Tomé el abrecartas con fuerza y lo empuñé escondiéndolo detrás de mi espalda.

Me acerqué a ella, aun desnudo, con una sonrisa en los labios y ella se acomodó en la cama para continuar.

Me subí sobre ella, y antes de que pudiera darse cuenta de la realidad, deslicé con rapidez el filo del puñal en su cuello. Fue un corte limpio, certero. La lluvia de sangre fue libre de empaparme y teñir las sabanas de rojo.

Lilian intentó frenar la herida con sus manos, pero me encargué de alejarlas y postrarlas a cada lado de su cabeza. El violento rocío chocó contra mi rostro y el incendio comenzó a extinguirse.

No hubo gritos, no hubo forcejeos. Lilian se convirtió en ese instante en otra de mis obras de arte.

Permanecí recostado junto a ella durante más de una hora hasta que mi madre golpeó la puerta.

—¿Lucian? ¿Continúan? —su voz era tímida y vergonzosa.

—Si...tardaremos un poco más —respondí sonriendo al contemplar el cuerpo de Lilian a mi lado. No sé cuánto tiempo pasó o cuando fue el momento preciso en el que me quedé dormido, pero un grito ahogado me despertó: Elene se encontraba bajo el umbral de la puerta observándonos.

Esta vez le costó un poco menos recomponerse. Sus ojos viajaban de un rincón al otro solucionando mentalmente mi desastrosa obra maestra.

Aun desnudo, me levanté de la cama y pasé a su lado abandonando el cuarto. La dejé sola, yo sabía que ella lo arreglaría mientras yo tomaba un baño.

Y efectivamente Elene lo solucionó, pero esta vez se encargó de hacerlo ella misma. Fregó, limpio, y escondió toda evidencia de Lilian, y con la ayuda de su fiel amante, el sirviente Frank, arrojaron el cuerpo al pestilente Río Támesis.

No sentía ningún remordimiento, la muerte de la prostituta me había brindado paz y una dosis de felicidad que sólo el recuerdo de Kostana había podido darme.

Elene no apareció por el Salón durante días. También había cancelado

todas las reuniones sociales durante una semana entera. No me hablaba, ni siquiera la vi en ese tiempo, hasta que una noche luego de la cena la encontré sentada frente a mi pianoforte.

—*¿Deseas que toque para ti, madre?* —al oír mi voz me sorprendí, hacía mucho tiempo que no decía más de una o dos palabras.

Sus ojos revisaron cada detalle de mi cuerpo, un ceño fruncido y una mueca en sus labios expresaron cientos de emociones a la vez. Cualquiera otra persona sentiría un gran pesar sobre sus hombros si defraudaba a sus padres, los avergonzaba o decepcionaba de alguna manera, pero en mi caso...era un poco distinto.

Y cuando digo un poco, quiero decir mucho. En mi interior sonreía, pero intentaba que la alegría no se notara en mi actuación de pena, y era tan difícil controlarlo.

Antes de la muerte de mi padre, Elene era sólo la mujer que me había parido, y todo eso cambió. Desde entonces se había convertido en mi dictadora, sujeto de mis pesadillas. Una espina en mi vida que sólo atraía la desgracia y la soledad.

La odiaba y en mí no había pena ni remordimiento hacia ella.

—*Tenemos que hablar, Lucian...* —su voz se encontraba apagada y muy nerviosa. Tomé ventaja de ello.

Caminé relajado hasta el sofá que se encontraba a unos metros de mi pianoforte y el banquillo donde ella estaba sentada, y tomé asiento. Cruce las piernas y con mirada altiva esperé por su reproche.

—*Frank se ha encargado de limpiar todo rastro de la...*—esa palabra sonaba más sucia en su boca y ella no tenía las agallas para decirla sin que el ácido de su interior se atorara en su garganta.

—*¿Prostituta?* —pregunté divertido.

—*Sí, ella...*—murmuró.

—*Eso es un alivio, Ingrid no me ha dirigido la palabra desde que*

tuvimos el problema con la otra prostituta, y estaba seguro que se negaría a limpiar esta vez. —dije con tranquilidad.

El rostro de mi madre se contrajo al escuchar mi declaración.

—*¡No puedes hablar así, Lucian!* —aun como un murmullo pude sentir su exasperación.— *¡Debes parar! No puedes asesinar a las personas, la Ley no tendrá piedad sobre nosotros.*

Mi verdad era la única que importaba y más para Elene. Así que sólo tuve que escupirla. Un león había despertado en mí, alejando por completo la timidez.

Me incliné en su dirección y clavé mis ojos en los suyos.

—*Hacerlo me inspira. Me libera...* —musité.

—*¡No puedes seguir haciéndolo! ¡Te lo prohíbo!*— esta vez elevó su voz. Y yo aproveché ese último empujón.

Me puse de pie y caminé hacia ella.

—*¡Te has llenado los bolsillos con mi dinero! ¡Con MI esfuerzo! ¡He tocado para ti y para todos los degenerados que has traído a esta casa! ¡He soportado verte noche tras noche ofreciéndote a hombres sólo porque tenían un poco más de dinero que tú!*—la señalé— *Has abusado de tu derecho de madre ¿y crees que ahora puedes prohibirme que hacer?*

El incendio había regresado, imaginaba mis ojos inyectados en sangre. Ella quedó boquiabierta, con los ojos humedecidos por las lágrimas que pronto se harían presentes; y en un silencio abrumador que yo disfruté en cada momento.

—*Hacerlo me inspira. La música fluye en mí de manera angelical cuando lo hago. Y lo prefiero cientos de veces antes que los favores sexuales por los que pagas todos los miércoles.* —escupí.

Mi discurso estaba casi completo. Me alejé de ella dirigiéndome a la

puerta que llevaba a mi recamara, y antes de cruzar el umbral di el toque final a la discusión.

—*Lo seguiré haciendo, y tú...querida madre, te encargaras de que tu hijo prodigio siga tocando.*

Al cerrar la puerta de mi habitación, todo se iluminó. Había enfrentado a mi madre, me había convertido en un hombre y no había manera que ella se rehusara a abandonar el estilo de vida adinerado que yo le había proporcionado.

Ese inesperado desenlace sólo trajo a mi cabeza el Festival de La Luna, al que ahora podría asistir sin tener que sobornar a un sirviente por ello.

Todo era perfecto. Los hechos se desencadenaban de manera que un mundo nuevo se abría frente a mis ojos. Me creí bendecido por la gracia divina, hasta la mañana en la que dos hombres uniformados tocaron a la puerta Van Curen.

Ingrid fue quien les dejó entrar, y al presentarlos en el Salón pude denotar que se trataba de algo serio. La piel de mi queridísima nana había palidecido de tal manera que me recordaba a los cuerpos inertes de mis obras de arte.

Un escalofrío recorrió mi columna cuando le escuché.

—*Señora Van Curen, mi nombre es Matthew Crame y él es mi compañero Louis Bradbury.* — la voz del hombre de Ley era ronca y áspera. Sus labios escondidos bajo un bigote muñado de color castaño hacia casi imposible distinguir si sonreía.

Un varón de metro setenta, de contextura robusta y envuelto en sus vestimentas oscuras al igual que su fiel compañero, parado junto a él.

Ambos llevaban insignias de metal colgadas a la izquierda del pecho y se mantenían erguidos, orgullosos de portarlas. Por otro lado su compañero, el tal Louis Bradbury, era mucho más joven. Su cabello rubio ceniza dejaba que sus ojos celestes robaran todo el protagonismo.

Aquella peculiar pareja eran los primeros policías que conocía cara a cara y no pude evitar sentir miedo, entusiasmo, y mucha adrenalina.

—*Pasen...pasen. Tomen asiento, por favor.* — contestó mi madre,

luego de varios segundos de incómodo silencio.

Así lo hicieron. Se sentaron frente a nosotros y aceptaron todos y cada de uno de los agasajos que Elene les ofreció: café, coñac, masas dulces e incluso tabaco para el resto del día. Todo ese despilfarro para mantener a los oficiales felices y distraídos de su tarea.

Yo me mantuve en silencio, observando y estudiando cada detalle de ellos. Sus miradas furtivas, las palabras claves que desencadenaban que el Sr. Crame escribiera en su pequeña libreta, las preguntas retorcidas y las trampas subliminales que le tendían a Elene para que mordiera el anzuelo.

Alguien había reclamado la ausencia de Lilian, la prostituta que había perecido entre las sabanas de mi cama, y otro alguien, aún más misterioso para mí, les había dado el dato que su última visita había sido la Casa Van Curen.

Elene supo evadir las preguntas, marear las mentes estúpidas de los oficiales, y engañarlos a la perfección. Esos dos hombres abandonaron nuestra propiedad totalmente convencidos que la ramera jamás había pisado la casa.

Me maravillé al ver la astucia de mi madre en acción, y comprendí que mi turbulenta genialidad no provenía de mi padre, sino de ella.

## IV

Las semanas que le siguieron fueron una dulce tortura. Hice espectáculos en casa todas las noches. Al principio Elene se vio reacia a la idea de apoyarme, pero cuando los puercos más adinerados de Londres mostraron su interés por verme a diario, ella no pudo negarse.

La plata se acumulaba en la bóveda como las ratas en las despensas, y mi madre por fin entendió nuestra empresa.

Las mañanas eran gloriosas. Observaba a Kostana desfilarse frente a mi ventana y mis fantasías cobraban vida propia. No podía esperar a conocerla, hablar con ella y mostrarle el mundo de lujos y exquisiteces que podía darle.

Las prostitutas tocaban a mi puerta todos los miércoles y mi madre se encargaba de limpiar mi cuarto una vez yo hubiese terminado. Nos acoplamos como un sublime reloj suizo.

Nos habíamos vuelto socios, cercanos, pero tanto ella como yo sabíamos que ese tipo de uniones siempre terminaban mal. No quería decir que cortaría su garganta con el mismo abrecartas con el que les daba fin a las rameritas, sólo que mis problemas con ella SI eran personales.

\*

Durante los días antes de que el Festival de la Luna se llevara a cabo, me encontraba nervioso, entusiasmado y la adrenalina no me dejaba dormir por las noches. La impaciencia por conocerla sólo provocaba que permaneciera en una burbuja imaginaria recreando diversas situaciones sólo

para ella.

La mañana de mi último día de espera generó en mí la felicidad más pura y sincera que había sentido en toda mi vida, y no había sangre involucrada.

Kostana caminó frente a la Casa Van Curen y, en una tirada del azar, ella dirigió sus hermosos ojos verdes a mi ventana.

Mi corazón se detuvo al sentir la conexión instantánea de nuestras miradas. Yo no entendía qué había ocurrido, pero sabía que no era normal, podía sentirlo.

Ella no parpadeó, y al cabo de unos segundos me dedicó una sonrisa dulce e inofensiva. Intenté no sucumbir al caos que se desencadenaba dentro de mí, y forzando a mi mente a trabajar bajo presión, le respondí con una sonrisa sencilla.

Ese mismo día le comuniqué al sirviente que ya no requeriría sus servicios, pero que si aún deseaba acompañarme era más que bienvenido. No iba a entregarle la sortija de mi padre como pago de chaperón, por lo que haciendo gala de los pequeños trucos que Gerard me había enseñado hacia años, le convencí que me escoltara hasta la zona de Gitanos gratuitamente.

La última noche antes de conocerla, antes de tener la oportunidad de sellar nuestros destinos...fue un total desastre. Mis dedos pedían a gritos sentir las teclas de marfil de mi pianoforte, pero al postrarme frente a él nada bueno salía. Melodías empalagosas y anodinas que podían haber sido tocadas por un inepto de 6 años.

El nerviosismo crecía y aumentaba las ansias porque esa noche acabara. Un círculo vicioso que terminó por fatigarme mentalmente y obligarme a dormir poco antes de que amaneciera.

No recuerdo lo que ocurrió al despertar, desde el momento que abrí los ojos todo pasó tan ajeno a mí que parecía un sueño. Mi cabeza terminó de despabilarse cuando la luz del sol comenzó a ocultarse y mi ser se preparó para huir de la Casa. Elene intentó retenerme con unas cuantas palabras, pero cuando vio que ignoré sus órdenes simplemente se rindió.

Toqué a la puerta del sirviente y éste salió del cuarto con sus mejores ropas, bastante humildes en mi opinión, pero sólo allí vi el error que estaba cometiendo.

Lo miré, me miré. Y lo miré nuevamente.

—¿Debería cambiarme de ropa? —le pregunté mientras jalaba el

chaleco negro que había elegido.

El sirviente intentó no reír y tras recomponerse, me ayudó.

—*Entra...*- susurró.

Lo que ocurrió dentro no tenía lógica para mí. El subordinado me trató con simpleza, abrió un arcón que tenía en el suelo y poco a poco sacó las prendas que yo usaría esa noche.

Me sentía libre y un tanto oloroso portando la ropa de mi sirviente, pero no podía negar que era mucho más cómodo que usar las holgadas camisas y los sacos pesados que mi madre había enviado a confeccionar a mi medida.

Mi primer encuentro con el aire libre fue excitante, un mundo de fantasía que me habían prohibido durante toda la vida. El viento golpeó mi rostro y respiré profundamente como si hubiese retenido el aliento durante meses. Me sentía vivo.

Hechizado por la noche londinense y sus agrios aromas, fue inevitable sentir que el pánico intentaba apoderarse de mí. Era la primera vez que pisaba el exterior de la Casa Van Curen... y sí, lo admito, quise regresar, pero perder la oportunidad con Kostana me aterrorizaba más.

Antes de comenzar nuestro camino detuve al sirviente. Su gesto de generosidad con las prendas había sido honesto y no estaba acostumbrado a eso.

—*¿Cómo te llamas?* —le pregunté mientras sostenía su brazo.

El joven medía un poco más de un metro sesenta, era moreno y sus rasgos eran fuertes y marcados.

—*Luro, mi amigo* —respondió sonriéndome ampliamente y ofreciendo su mano hacia mí. La apreté con fuerza.

Con ese pequeño gesto de amistad, le seguí durante varios minutos. Atravesamos las calles de adoquines y la metrópolis del deslumbrante Londres hasta que la tierra y la grava se convirtieron en nuestro suelo. Las casas eran cada vez más dispersas y pronto nos encontrábamos lejos de la

revoltosa ciudad.

No podía parar de observar cada detalle, los árboles, las plantas descuidadas a los costados de la calle, incluso los perros que nos ladraban. Yo quería uno, podía imaginar a uno de esos canes en casa, vestido con un gran moño azul haciéndome compañía y mordisqueando un hueso junto a mi pianoforte.

Sacudí mis desvaríos al momento de ver las luces en la lejanía. Una vibración mística y rítmica hacía que mis pies cosquillearan y mi corazón bombeara con fuerza.

—*Es por allá...* —musitó Luro, señalando en la dirección de dónde provenía el ruido.

Unos pastizales altos y espesos que asemejaban una pared separando la última instancia de ciudad con el campo mismo se alzaban frente a nosotros.

Mi fiel sirviente abrió camino entre el follaje y sin dudarlo le seguí. Los pocos minutos que tardamos dentro de ese laberinto de vegetación fueron suficientes para confundirme por completo. A mis oídos llegaban melodías, risas y sonidos desconocidos de todas direcciones. Las luces que había visto en la lejanía se ahogaron entre las hojas y me encontraba en la oscuridad absoluta.

—*Por aquí...* —la voz de Luro me guió fuera de aquel infierno.

Al escapar de esa impenetrable pared silvestre, vi lo más maravilloso y exótico de todo Londres. A mis espaldas el follaje creaba una capsula protectora para retener la magia que ocurría frente a mí.

No sabía por dónde comenzar, qué observar primero, qué escuchar primero.

—*Kostana...* —susurré al caer en la cuenta que ella se encontraba allí, en alguna parte fuera de mi rango de visión, pero allí. No había paredes que nos separaran, ni ventanas, ni mucho menos Elene.

Luro tocó mi brazo y fue señal suficiente para avanzar hacia la fiesta y dejar que mi alma absorbiera la vida y los colores de los Gitanos.

Hombres y mujeres reunidos saltando y gritando a todo pulmón. Niños

corriendo de un lado a otro, riendo sin inhibiciones, sin tener que esconderse de los ojos cínicos de Londres.

Allí, en un rincón en la nada, el todo había resurgido.

El aroma picoso de las comidas golpeó mis sentidos y me hizo lagrimear. Y no tardó en acoplarse el olor de los perfumes intensos de las gitanas que se regodeaban junto a los invitados.

Supe que no encajaba en ese circo al darme cuenta que era, seguramente, el único londinense de alta alcurnia en la propiedad.

Había moros, gitanos, algunos blancos obreros, y yo no encajaba en ninguna de esas categorías. Por lo que obligué a mi mente a arraigarse a mi atuendo e intentar ser uno más del montón.

Era difícil. Mi cabello rubio, mis ojos azules y el claro de mi piel aseada provocaban que las gitanas se voltearan a verme. Algunas incluso se acercaban y me murmuraban al oído cosas vulgares.

Podía tener a cada una de ellas pero eran simples, sucias y ordinarias. Ninguna era Kostana.

Me mantuve siempre junto a Luro. Estudié sus reacciones, como saludaba a la gente y como las conversaciones se desarrollaban entre ellos tan naturalmente, ignorando todos los cánones que mi madre me había enseñado.

La fiesta dio un vuelco inesperado que terminó de encrespar mis nervios, y la música se alzó en cada rincón del descampado.

El llanto de una guitarra y el vigoroso ritmo de unos tambores comenzaron a sonar creando una melodía única, salvaje, nada comparada con mis obras.

De la nada y de manera violenta, un violín agudo estalló y por un rincón oscuro que se creaba entre dos carpas, Kostana resurgió.

La gitana que me había robado el aliento desde el primer día avanzaba dando giros elegantes hasta el centro de la ronda de personas que se había formado, mostrando una silueta inigualable que trasmutaba con la flama de las antorchas que iluminaban el descampado.

Mi cuerpo se tensó, y mi corazón frenó en ese mismo instante. Me faltaba el aire, me temblaban las manos y el sudor caía por mi frente de manera exagerada. No podía creerlo, el ángel de mis sueños se balanceaba de un lado a otro acompañada de una endemoniada melodía, frenética y enfermiza que hacía hervir mi cerebro.

El ambiente me molestaba, irrumpía en la monótona existencia que había vivido hasta ese momento. No sé cuándo ocurrió pero en algún

momento de aquel ritual hipnótico, la música se fusionó con mis emociones, sus seductores movimientos terminaron por enamorarme y supe que había muerto. Me convencí a mí mismo que había dejado de respirar, ya no necesitaba respirar. Kostana era mi ángel y me encontraba en el cielo.

El violín penetró en mis oídos hasta convertirse en el acompañamiento perfecto de mis latidos, y lo próximo que escuché fueron los aplausos y los gritos de admiración de todos los presentes.

La gitana había cesado su baile a la par que la música calló, y de un golpe seco regresé a la realidad. No estaba muerto, y me encontraba rodeado de personas. Todos asombrados y enamorados de Kostana.

Respiré profundamente y observé a Luro que reía junto a una mujer a unos metros de mí. No me interesaba conocer los amoríos de mi sirviente, sólo me interesaba Kostana.

Ella, tan grácil para caminar como para bailar, se acercó a los hombres que sostenían sus instrumentos musicales como una extensión de sus cuerpos. Susurró algunas palabras y regresó al centro de la ronda.

La música retomó su existencia, lenta y tímida esta vez sólo para brindarle a la gitana la muletilla para empezar a cantar. Debo admitir que en ese momento había terminado por perder mi sanidad.

Verla bailar, contemplarla ser en su esencia de gitana y maravillarme al descubrir que su voz era un bálsamo para mi alma. Esa mujer despeinada, vestida en harapos que cualquier dama tacharía de vulgar, esa mujer de ojos verdes, era el amor de mi vida.

Sus palabras, la melodía en francés que fluyó de ella extinguió el instinto salvaje que crecía dentro de mí noche tras noche. Hizo un milagro con tan sólo abrir su boca y cantar. Me había salvado.

Me quedé atónito, embobado con su imagen y su voz durante toda la noche. La seguí con la mirada cuando se acercaba a los hombres de su caravana y reía. Grababa en mi memoria sus labios cuando fumaba un cigarro y como acariciaba a los niños que pasan junto a ella.

Me sentí avergonzado cuando de repente alcé la vista y me encontré con sus ojos, esmeraldas puras clavadas sobre mí.

Tuve que huir...escapar de su mirada. Sentí que en ese instante ella había descubierto todas mis fechorías, que había leído mi alma como un libro abierto. Y sí, escapé. Me alejé rápidamente hacia una orilla del descampado, donde se encontraban todas las caravanas ajenas a la Fiesta, a oscuras.

Me apoyé sobre una de ellas, y cerré los ojos con fuerza.

Si Luro tenía razón, Kostana pronto se marcharía de Londres, y seguiría con su vida sin saber que su hogar, su alma gemela y una vida llena de lujos se quedarían atrás.

Maldije a mi padre, a Elene, maldije al Doctor Schreiber y a Lucrecia, maldije a Luro y la maldije a ella. El odio resurgió en mi pecho como una gran bola de fuego. Era un cobarde.

Antes de dejar que mi veneno terminara por degradarme, escuché una voz y luego otra. Se trataba de unos hombres que se mofaban en francés de todos los que habían pagado por aquel espectáculo.

—*“Ils nous ont payé pour cela. Nous devrions le faire tout le temps.”* —dijo riendo el más alto. Un gitano corpulento y pasado en kilos que luchaba para que el cigarro no se cayera de sus labios.

—*“Il est même pas vrai parti de la lune. Stupide.”* —respondió su acompañante.

Tomé ventaja de las sombras que se cernían a mí alrededor y asomé mi cabeza por el costado de la caravana. Efectivamente se trataba de dos gitanos acarreado un arcón mediano entre ellos. Era pesado, podía notarlo por sus ceños fruncidos y las venas que se marcaban en sus cuellos.

Caminaron hasta una de las caravanas y dejaron caer el pesado arcón sobre la parte trasera.

No tardaron mucho en perderse en la oscuridad y regresar a la fiesta. Yo era el único que podía sentirse ahogado allí y no entendía por qué. La música preciosa y delirante envolvía todo el descampado llevando aquel rincón de Londres a un mundo mágico.

Fue un instante de lucidez, un soplo de genialidad que se plantó en mi mente como una semilla y creció con tal rapidez que no encontré otra alternativa.

Tenía que prepararme, entrenarme para ser el hombre que Kostana buscaba. Un caballero de tal alcurnia que ella no podría decir “No” a mis ofrecimientos. Pero no podía. Mejor dicho, no me permitía llegar al nivel de pagarle por su compañía. Quería resguardar la integridad de la gitana para arrastrarla hasta las fauces de los Van Curen y así hacerla mi mujer.

Pero su caravana se iría de Londres pronto y sólo había una manera de detenerla.

Me escabullí hasta la caravana donde los dos gitanos habían abandonado su arcón de ganancias y comencé a llenarme los bolsillos de plata, monedas y joyas que habían recaudado por el fraude de la Luna.

Los raídos pantalones que me había prestado Luro se caían por el peso de las monedas, por lo que junté todas las fuerzas que tenía y alcé el arcón, y lo trasladé hasta los pastizales.

Sentí como el peso desgarraba mis músculos, y acabé con toda mi decencia al escarbar la tierra y el barro para enterrar la plata.

Vacíé el cofre en el hoyo que había hecho y, cuando empezaba a vaciar mis bolsillos, escuché las voces de los gitanos.

Se encontraban en las cercanías, y el terror de ser encontrado me dio el impulso para convertir mi mente en una mesa de estrategias.

Tomé la caja, ahora vacía, y la arrojé lejos de mí. Lo suficientemente alejado para que el hoyo no quedara a la vista. Lo tapé lo más rápido que pude y me alejé.

Corrí sosteniendo mis pantalones, que aun contenían muchas monedas, y busqué desesperado a Luro.

El sirviente se encontraba en una orilla del descampado, hablando y fumando con otros dos hombres de color.

—*Me voy, Luro.* —dije decidido. No le había llamado por su nombre hasta ese momento y, tanto él como yo, nos sorprendimos de como sonaba.

—*¿Tan pronto?* —preguntó entre risas, observando de reojo como sus amigos se alejaban de la escena.

—*Me voy, nos vamos.* —fue una orden.

Segundos después, al adentrarnos en la espesura de los matorrales, escuchamos los gritos.

La noticia del robo se esparció en la multitud como una peste. Insultos de rabia y lamentos de la única esperanza que tenían para abandonar el lugar.

Y yo, inyectado de adrenalina y nerviosismo, encontré más rápido la salida del laberinto. Luro quiso volver, pero le ordené que me regresara a Casa. Y así lo hizo.

Las pocas horas de oscuridad que quedaban fueron suficientes para asearme y regresar a la seguridad de mi recamara.

Mis sueños fueron vividos, fantásticos y embriagadores. Sentí paz y pude por fin alejar la imagen de las ratas muertas, la sombra de mi padre difunto, y la ausencia de Gerard.

Kostana se quedaría en Londres.

## V

Cuando desperté ya era entrado el día. Se escuchaba los pasos agitados de los sirvientes ir y venir por los pasillos, dirigidos como una orquesta por la dictadora de Elene.

Alguien importante nos visitaría, eso era obvio. Mi madre sostenía una limpieza general en nuestro hogar, pero cuando se acercaban fechas importantes el caos llegaba a cada rincón de la Casa Van Curen.

Podría haber optado por mantenerme aislado en mi recamara, pero me sentía fresco y la adrenalina de la noche anterior aun corría por mis venas. Elene no podría apaciguar la bestia dentro de mí, por lo que con la frente en alto me dirigí al Salón Principal a tocar. Me maravillé a mí mismo al contemplar como mis dedos bailaban sobre las teclas de marfil, sentía que podía crear una obra maestra sólo con los rezagos de las notas gitanas que aún permanecían en mi cabeza.

Una melodía frenética, descuidada y sumamente adictiva llenó la Casa y, ante ello, mi madre se hizo presente. Su rostro estaba desfigurado por el estrés y la agitación.

—*¿Qué es eso, Lucian? ¡Termina con eso!* —me ordenó.

Pero me mantuve fuerte a la tendencia de mi inspiración.

Al ver que no obedecía no tuvo mejor respuesta que golpear mi rostro

con su mano abierta.

—*¡Obedéceme!* —gritó.

Me detuve y giré para verla, lentamente.

—*¿Y ahora qué ocurre? Creo que mi música no es lo que te altera en realidad.*—la traté con condescendencia, tranquilo, justo como a ella le molestaba.

—*Yo no duermo para tener el hogar en orden. ¡Me desvivo para que el mundo te conozca y tú lo único que haces es quedarte allí sentado!*— su voz estaba ahogada, deseaba llorar. Pero no lo haría, no me mostraría su debilidad.

Ya no se trataba de mi madre, ni yo de su hijo. Se trataba de dos adultos compitiendo por el poder de la propiedad, del apellido.

Una fuerte batalla en silencio de dos socios unidos solamente por el dinero.

Ella lo sabía, yo lo sabía.

—*Esta noche nos visitará Elizabeth Meyer, la hija de un terrateniente muy importante.* —esperó por mi respuesta, pero me mantuve en silencio —*Te suplico que te comportes. Su padre ha mostrado mucho interés en ti, y...*—tuve que interrumpir.

—*Y deseas que yo la agasaje durante toda la velada para que le diga maravillas a su padre y así podrás meter al terrateniente en tu cama. ¿Es eso...?*

Por supuesto, sentí la reprimenda antes de poder terminar de hablar. Las marcas de sus dedos sobre mi rostro se remarcaron con un nuevo azote.

—*Eres un insolente* —dijo entre dientes, apretando su mandíbula de rabia —*Ella viene por ti, malagradecido. Estoy solucionando tu vida. Los Meyer quieren que formes parte de su familia y eso no sólo te daría el renombre que necesitas para finalmente llegar a la gloria, si no que no*

*tendrás que preocuparte nunca más por el dinero.*

Tomé un instante para pensar en sus palabras. Elene me había vendido al mejor postor como una cabeza de ganado. Como una prostituta marital.

Mi cabeza convulsionó y la tormenta de pensamientos arrasó con los bellos recuerdos de la noche anterior.

—*¿Quieres casarme?* —pregunté atónito.

—*Ya es tiempo que lo hagas.*

—*Está bien...* —sólo eso respondí, y tras dedicarle una sonrisa limpia y amplia, le di la espalda y comencé a tocar mi Sonata.

No escuché cuando abandonó el Salón, me hundí en la melodía para la gitana y pensé sobre lo que esa noche ocurriría.

Elene deseaba casarme, quería que cortejara a una dama a la cual no había visto antes. Buscaba una fortuna más grande que la herencia de mi padre, más copiosa que la misma que yo estaba ganando para ella. No tenía escrúpulos, pero seamos honestos...yo tampoco los tenía.

\*

Dediqué mucho tiempo de ese día para asearme. Las sirvientas llenaron la bañera de agua tibia y cuando me encontré solo, arrojé al agua las monedas que había robado. Las observé un buen tiempo. Imaginé a Kostana y a los infelices gitanos al ver que su tesoro había desaparecido, y por supuesto intenté crear frente a mis ojos la apariencia de la doncella que debía desposar.

Con o sin esposa, mi plan de poseer a la gitana no cambiaría.

Me vestí con mis mejores prendas, dejé las monedas en la bañera y les permití a los sirvientes que se quedaran con ellas. Yo no las necesitaba, y ya preparado para nuestra agradable visita, esperé sentado en el Salón. Horas en silencio hasta que la voz de Elene presentó a Elizabeth Meyer.

No pude evitar ponerme de pie, maravillado por la hermosura de esa dama. Una mujer joven de cabello rojizo y unos ojos tan verdes que por un instante se asemejaron a los de la gitana. Detalle que me enfermó.

Elizabeth era delgada, frágil y agraciada. Su sonrisa era vergonzosa, y hasta el momento que se sentó junto a mí no llegué a apreciar la belleza de su

tez de porcelana. Era una sublime estatuilla de mármol, una muñeca, una obra de arte.

Elene fue la encargada de entretenerla con sus repetitivas conversaciones femeninas. Mostró su angustia por la pérdida de su esposo e inventó dramas familiares para ablandar el corazón de la joven.

En cuanto a mí, yo sólo la observé. Nuestras miradas se juntaban cada tanto y ambos sonreíamos por aquella simple conexión.

La señorita Meyer era un espécimen ejemplar de mujer. Una espléndida madre en potencia, podía notarlo por su ancha cadera y su busto abultado a pesar de su delgadez.

Ella era como un rubí, una piedra preciosa resguardada por su familia hasta encontrar el hombre adecuado. Y yo era el hombre que habían elegido, me sentía halagado.

Quizás las cosas serían diferentes si yo no hubiese conocido a Kostana. Elizabeth podía hacerme sentir mareado, pero sólo la gitana me quitaba el aliento.

Le dediqué una tarde de música, las mejores piezas. Incluso le dediqué, malévolamente en mi interior, la Sonata Gitana. Si hubieran visto a mi madre, estaba encantada. Exudaba felicidad por la armoniosa relación que habíamos forjado en unas horas.

Mi simpatía hacia ella era honesta, no obstante no compartía los planes que tenía mi madre para con ella. Estaba engañándola a la perfección y sólo por eso sentí aún más satisfacción.

El recuerdo de mis días con Gerard se hicieron presentes, reviví todas sus lecciones de “buen amante” y, sorprendiendo a mi madre y a mí mismo, me convertí en todo un donjuán durante la cena.

La hice reír, sonrojar, halagué su vestimenta, su cabello, su dulce sonrisa y hasta su delicada voz. Hechicé a la doncella como la gitana lo había hecho conmigo.

Después de comer, ambas mujeres se quedaron en el Salón y disfrutaron en silencio mi música hasta que Elene dio la orden: era hora de dormir.

Elizabeth se despidió por esa noche y fue hacia el dormitorio en donde descansaría durante su visita, y Elene se fue a dormir feliz.

En cuanto a mí, yo no podía dormir. Tenía muchas cosas que planear.

Y es que desde que había conocido el exterior, desde que había aspirado el aire fresco y me había convencido a mí mismo que yo podía

arrasar con el mundo que mi madre me había negado por tantos años, la idea de quitarla de la ecuación era más tentadora que nunca.

Permanecí sobre la cama, observando el techo de madera, confabulando cientos de estrategias para darle fin a la Tiranía Van Curen.

Iba a asesinarla, pero... ¿cómo?

Atraerla a la ratonera donde todas las prostitutas parecían no me gustaba. Aunque Elene jamás se comportó como madre, la simple idea de imaginarla sobre mi cama me provocaba repulsión.

¿Cortarle el cuello con el abrecartas? Claro que no, ella era una espina muy importante, la más profunda y dolorosa de toda mi existencia. Su final debía ser único e irrepetible. La mejor de mis obras.

Me alegré al darme cuenta que estaba teniendo muchas consideraciones para con ella, y que esos detalles serían mi mayor regalo. Una muerte espectacular, emocional y perturbadora que penetrara hasta lo más profundo de su ser.

Quería que sintiera mi odio y mi amor, que sintiera en carne propia la desesperación y la desolación que me había hecho sentir durante toda mi vida. Quería que viera a la bestia que ella misma había creado.

El fruto de su vientre, su único hijo.

Y así fueron mis noches. Luego de despedir a la señorita Meyer regresaba a mi guarida y planeaba la muerte de mi madre.

En el día la cosa era muy distinta, ya que me las había ingeniado para ser el ángel que Elene siempre deseó, el modesto y educado heredero Van Curen.

La compañía de Elizabeth era constante, por lo que sin notarlo intimamos en las conversaciones y pronto comenzamos a llamarnos por nuestros nombres.

Ella no se quedaría por siempre, fue una semana de visitas y era todo lo que necesitaba para saber que aquella dulce joven no era Kostana.

Dos noches antes de su partida, a mitad de la noche, me levanté totalmente impaciente y eufórico.

Una melodía había cruzado mi cabeza como una estrella fugaz, me había enceguecido y temía perderla antes de llegar al pianoforte. Corrí hacia el Salón y toqué hasta que mis dedos se entumecieron.

El ruido llegó hasta la habitación de huéspedes, haciendo que la joven Meyer acudiera a verme tocar.

El resto de la noche la pasamos disfrutando de nuestra mutua

compañía. Conversamos sobre todo lo que se nos venía a la mente. En mi caso, le hablé sobre la muerte de mi padre, sobre mi más reciente amigo Luro y, por supuesto, le hablé de Gerard.

No quise nombrar a Kostana aunque mi cabeza gritaba su nombre a cada segundo. Sentía que le estaba siendo infiel, la estaba traicionando al hablar con Elizabeth de manera tan íntima.

Antes de que el sol embebiera el cielo londinense, la doncella francesa me dijo algo que cambiaría el curso de las semanas siguientes. Ella reconoció de inmediato al Doctor Schreiber y me brindó la información que yo anhelaba desde hacía tanto tiempo.

Gerard se encontraba en Francia, a unos cuantos kilómetros de la Gran Mansión Meyer, y su familia le consideraba un amigo.

Ambos nos despedimos al escuchar los murmullos de los sirvientes que comenzaban su jornada de trabajo al amanecer, y haciendo uso de las pocas energías que me quedaban, le escribí una carta a Gerard.

*“Querido amigo, necesito verte...”*

Así comenzó. Lo que vino después fue una avalancha de emociones que serían como una exposición de trastornos que él sabría analizar a la perfección. Por supuesto, lo hice a propósito.

Necesitaba traerlo de vuelta, lo necesitaba con urgencia.

Al despertar supe que sólo tenía un día para hacer que Elizabeth terminara de enamorarse por lo que, sin pensarlo dos veces, fui a hablar con Elene.

*—Necesito un músico para esta noche.* —dije sin siquiera saludarla.

Ella se encontraba sentada en uno de los bancos de su recámara, cosiendo una infinita manta.

*—¿Para que necesitas un músico? Eres uno...* —respondió en tono burlón.

*—Esta noche es la última noche de Elizabeth aquí, quiero agasajarla.* —retuve mi respiración hasta ver su reacción.— *Quiero hacer algo especial para ella. Una cena de dos, un violinista y...* —buscaba en mi cabeza alguna otra cosa para embellecer la propuesta.

Los ojos de mi madre se iluminaron y una sonrisa se dibujó en sus labios.

—*¡Postres!* —Se puso de pie animada— *¡Haré que los sirvientes cocinen los más finos postres para ustedes dos!*

—*Y postres...* —confirmé su elección.

—*Es perfecto...*—tomó mis manos con fuerza— *Ahora mismo iré a preparar todo.*

Antes de poder decir otra cosa, Elene me dejó solo en su habitación. Ella estaba más entusiasmada por el matrimonio que yo. ¿Y cómo no estarlo? Que su hijo se comprometiera con la familia Meyer no sólo significaba un patrimonio inmensurable sino el respeto y la alcurnia que mi padre no había podido conseguir antes de morir.

Las órdenes de mi madre se cumplieron a rajatabla. Para el momento de la cena, el comedor se encontraba ambientado con la chimenea encendida, velas formales sobre la gran mesa, y dos platos románticamente ubicados uno junto al otro en un extremo.

La cena que los sirvientes habían preparado superaba en grandes rasgos a las comidas de las fiestas de Elene. Realmente se habían esforzado por hacer de esa noche, una velada única.

El violinista que contrató mi madre permaneció en una esquina, tocando melodías encantadoras que nos envolvieron en una atmósfera sin igual.

Al recibir a Elizabeth en el Salón supe que aquella joven era algo especial. Brillaba bajo el tenue resplandor de las velas, y todo su aspecto dejaba en vergüenza a las decenas de mujeres que habían pasado por esa habitación.

Su cabello recogido en alto, adornado con pequeños broches de oro, me hicieron creer que se trataba de una princesa.

Nos sentamos a conversar. Disfrutamos de cada bocado de la exquisita cena, y al terminar de degustar los postres, supe que era el momento indicado.

Me acerqué al violinista y le propuse que tocara su mejor pieza.

Elizabeth y yo bailamos sin dedicarnos palabra alguna durante mucho tiempo. Ella recostó su frente en mi hombro y, tras unas cuantas palabras tiernas, sabía que había comprado su corazón.

Su padre estaría encantado de oír sobre su visita y yo efectivamente ganaría el puesto de esposo.

Antes de que la noche se terminara para ambos, le pedí un último favor antes de despedirnos: Un inocente beso en la mejilla que le juraba me alcanzaría hasta despertarnos y no extrañarla. Ella aceptó tiernamente y se excusó a su habitación.

Cuando estuve solo en mi recamara, sentí la necesidad de vomitar. Deseaba hacer enojar a Elene sólo para sentir dolor, necesitaba una reprimenda por la gravísima traición que había cometido contra mi gitana.

La voz de Gerard se repetía en mi cabeza: *“Un hombre con muchas mujeres, es un hombre inteligente”*.

Pero eso no me bastaba para quitar el arrepentimiento de mis actos. Elizabeth era hermosa, digna de un caballero, pero yo no era ese caballero. Y ella no era Kostana.

La mañana siguiente, mi madre acompañó a la señorita Meyer hasta la puerta. Dos sirvientes acarreaban sus valijas hasta la carroza que la llevaría al puerto, mientras yo la esperaba a un lado de ésta para ayudarla a subir.

Los falsos abrazos de mi madre eran empalagosos, lo suficiente como para hacer que mi futura esposa frunciera el ceño ante esa demostración afectiva.

Le di la mano para ayudarla a ingresar a su carroza, y luego de ver que ya se encontraba lista para partir, le entregué mi carta.

*“Para el Doctor Gerard Schreiber”*

—¿Puedes entregársela? —le pregunté, haciendo gala de la sonrisa más encantadora que poseía.

—Claro que sí.— respondió.— *Hasta luego, Lucian* —posó la palma de su mano en mi mejilla, y eso fue todo.

Se alejó de Londres tan rápidamente que parecía que jamás había estado ahí.

Elizabeth se había ido, y yo podía volver a mi rutina. Me sentía

culpable al haber descuidado el recuerdo de la gitana. Llevaba mucho tiempo sin verla y eso había calado un hueco dentro de mí.

## VI

Sentía un gran remordimiento por lo que había hecho. Uno creería que robar unas cientos de monedas no causaría en mí el efecto que me estaba causando.

Imaginar mi futuro con Kostana a mi lado tenía tonalidades grises, ya que como mi madre siempre repetía: “*Las mentiras tienen patas cortas*”, y no podía imaginar cómo reaccionaría la gitana al enterarse que yo era el culpable de que su travesía fuese truncada.

Debo admitir que también me sentía como un loco. Me daba cuenta que recreaba una vida entera con una mujer con la que no había intercambiado ni una sola palabra. Pero esa era la belleza de nuestra relación: ella aun no lo sabía, pero se convertiría en una de las damas más adineradas de Londres, toda una doncella de clase alta y yo le dedicaría cada instante de mi vida.

Las semanas que continuaron fueron agitadas. La gitana no volvió a pasar frente a la Casa Van Curen, pero me llegaban noticias sobre las caravanas.

Aún seguían alas afueras de Londres, sólo que se encontraban aislados. Evitaban la ciudad a toda costa y planeaban dar una última fiesta para conseguir el dinero que les había sido arrebatado.

El no poder verla afectó mi paciencia, me encontraba irritado, constantemente enojado y mis manos no paraban de temblar.

Elene lo notó de inmediato, antes que cualquier otra persona y, por

miedo a que los conciertos se vieran perjudicados, ella supo actuar con rapidez.

Ni siquiera era miércoles, como de costumbre, cuando mi madre ingresó al Salón acompañada con una dama de compañía sosteniendo su brazo.

Ambas entraron riendo a carcajadas a causa de las efusivas acusaciones de mi madre hacia los esposos de las vecinas.

—*¿Lo dices en serio?*

—*¡Claro! Visito al Señor Lue todos los viernes cuando su esposa se ausenta para visitar a sus padres...* —exclamó la prostituta.

Giré para observarlas con detenimiento. Elene frenó en seco y aclaró su garganta para dar paso a su presentación.

—*Lucian, hijo...ella es Valeriana. Es muy conocida en Italia.*— dijo.

La mujer llamaría la atención en cualquier parte de Europa.

Una mujer esbelta pero no muy alta, con un cabello castaño ondulado que podía asegurar era el más largo que había visto en mi vida. Sus ojos oscuros junto con su piel mediterránea eran más que armoniosos. Las arrugas de su cara le quitaban mucho del encanto que seguro tuvo en sus años de gloria, pero está bien por mí. Aquellas pequeñas imperfecciones la hacían interesante. Una nariz prominente y unos labios finos pero delicadamente maquillados complementaban su rostro.

El vestido negro que usaba remarcaba una cintura diminuta y un busto grande pero firme.

Tengo que admitir que hasta el día de hoy me veo sorprendido por los gustos de mi madre. Si Elene hubiese nacido varón, habría cortejado a las mujeres más bellas de Europa. Pero no quiero irme del tema...

—*Señorita Valeriana...* —musité al ponerme de pie y acortar la distancia que nos separaba.

El incendio dentro de mí estaba comenzando a herir mi psique rápidamente, y la gitana no había aparecido para apaciguarme, por lo que aquella *bellissima* italiana lo haría por ella.

La mujer rio vergonzosamente al escucharme, extendió su mano y supe besarla como todo un caballero.

*-Madre, creo que puedes irte ahora.-* dije con el mayor respeto posible, sin antes dedicarle a mi progenitora una sonrisa de cómplices.

Lo que fue una amplia sonrisa por mi presentación desapareció en un instante. Elene había entendido mi indirecta y supo cuál sería el desenlace, por lo que abandonó la habitación con rapidez, azotando la puerta tras de sí.

—*Querida...* —regresé mis ojos a los suyos.

—*Tu madre no me había dicho que eras un joven tan educado.* —respondió alejando su mano y agitándola cerca de su rostro, sonrojada.

—*Las damas siempre tienen que ser tratadas como reinas. ¿Estoy equivocado?* —la guíe lentamente hasta los sillones.

—*Niño travieso* —dijo entre risas al sentarse.

Me alejé y le di la espalda al buscar en uno de los muebles del Salón una de las botellas de vino que mi madre había conseguido para la cena con Elizabeth.

Un vino tinto seco, robusto, y tan sabroso que permanecía en tu lengua durante muchas horas. Serví dos copas y *regresé a ella.*

—*Hacía mucho tiempo que alguien era tan atento conmigo, cariño.* —dio el primer sorbo y supe por sus ojos que aquel vino le había encantado.

—*Me alegro que te guste.* —fue lo último que dije antes de beber la totalidad de mi copa mientras la miraba fijamente.

Aquella mujer madura, aquella dama italiana...no era lo que necesitaba, pero podía ser lo que me ayudaría a sobrevivir un día más sin Kostana.

La prostituta no tardó mucho tiempo en vaciar su copa y, haciendo gala de su vaporoso vestido negro, se deslizó hasta la puerta de mi recámara.

—*Cuando estés listo...* —me advirtió.

Estaba listo, ella no.

Le seguí confiado, con paso seguro hasta cerrar la puerta de mi cuarto con pestillo. Me deshice de sus ropas mientras la abrazaba por la espalda, y sin decir ni una sola palabra por su espléndida figura, tomé lentamente el abrecartas que estaba sobre los cajones junto a mí.

Rápido y sin forcejeos aunque descuidado y no muy limpio fue el corte que abrió la piel de Valeriana, justo cuando intentó darse vuelta para desvestirme.

Retrocedió exaltada sosteniendo con ambas manos los chorros tibios de sangre. Intentó gritar, pero al hacerlo sus cuerdas vocales se ahogaron en dolor. Sus ojos oscuros como el carbón penetraron en mí y sentí pena, por primera vez en mi vida sentí pena de la vida que se extinguía con lentitud frente a mí.

—*Recuéstate, querida.* —le sugerí, pero al escucharme corrió hacia la puerta. Me puse en su camino y la detuve. Con fuerza quité sus manos de su cuello y la tomé en mis brazos.

Se zamarreaba coléricamente. Desesperada imponía una fuerza que poco a poco desaparecía.

Cuando la italiana tocó mi cama, ya no quedaba mucho de ella dentro de su cuerpo. Sus brazos exhaustos descansaron sobre las sabanas, y en una última convulsión el sangrado cesó.

Dediqué unos minutos para contemplarla, grabar en mi mente cada uno de los detalles de su cuerpo. Sus arrugas, cicatrices, e incluso intenté colorear con sangre su piel, ahora baya, al delicioso color que tenía cuando entró en el Salón. El incendio había disminuido, pero no se había apagado.

Guardé con cuidado el abrecartas y abandoné la habitación mientras limpiaba la sangre de mis manos.

Al abrir la puerta del Salón me encontré con Elene parada del otro lado del pasillo, esperándome.

—*Buen trabajo, madre.* —le dije. Le arrojé el pañuelo con el que me había quitado las manchas.

No hubo otra palabra entre nosotros ese día. Me interné en el baño y tomé una de las más largas sesiones de meditación de toda mi vida.

Esa misma noche tendría que tocar para dos familias muy adineradas, las cuales habían evitado a mi madre durante muchos años ya que la consideraban escoria. Me sentía lo suficientemente generoso como para hacerle un favor a Elene.

Deslumbraría a esos cerdos acaudalados y conseguiría que, para el final de la noche, besaran sus pies pidiendo disculpas. Si lo piensan, yo no era un mal hijo. De hecho, era el hijo que Elene Van Curen merecía.

Mi espectáculo esa noche fue uno sin igual. Ambas familias se despidieron a entradas horas de la noche como perros arrepentidos, escondiendo sus rabos entre las piernas, y mi madre supo agradecerme de la mejor forma posible. Dejándome en solitario.

Fueron dos semanas agitadas. Entre prostitutas difuntas y conciertos diarios, la ausencia de Kostana se hizo notar. La sangre de mis víctimas podía ayudarme pero no igualaba el sedante que la gitana me proveía.

Septiembre estaba llegando a su fin, y la ciudad se había sumergido bajo un manto invernal.

Me desperté nervioso una mañana. Se había cumplido un mes desde la partida de Elizabeth, y no tenía noticias de ella ni mucho menos de Gerard.

El vacío que sentía dentro de mí crecía cada vez más con cada persona que me abandonaba, pero el destino supo premiarme por mi paciencia, por la tortura inhumana que sufría día a día.

La gitana se mostró frente a mi ventana ese día. Acarreaba consigo una gran canasta, ocultando su contenido con una manta de color blanco.

Reí, salté, e incluso grité de felicidad cuando su silueta desapareció de mi rango de visión. Para mi fortuna, las visitas de la gitana se repitieron todos los días después de ese momento.

Parte de mi ser comenzó a tranquilizarse, mis manos temblaban mucho menos y sentía que podía aguantar por unos meses más.

Practicaba durante horas llegando al punto de herir los callos de mis dedos y acalambrar mis brazos, pero era un precio que tenía que pagar para que los arcones de dinero siguieran amontonándose en el sótano.

A veces pensaba en mi padre, me preguntaba si él estaría orgulloso de ver a su pequeño como músico reconocido, pero temía pensar que diría sobre el pasatiempo que había abrazado con tanto gusto.

Y es que a decir verdad, yo estaba seguro que nadie en todo Londres, incluso toda Europa, podría entender la raíz de aquella afición. No se trataba del accionar de un hombre que despreciaba a las mujeres, no se trataba de

algo sexual, ni mucho menos de problemas de ira.

Nadie podría haber entendido y aun hoy nadie lo entiende. Yo tenía un incendio dentro de mí, la desesperación tomaba el control de mi cuerpo y estrujaba mi corazón entre las llamas. Yo detestaba sentirme así. Ese fuego invisible me hería día a día y sólo gracias a esas desdichadas mujeres podía sentirme mejor.

Quizás debí agradecerles, pero nuevamente me voy del tema.

A cuatro meses para que terminara 1794, las aguas de toda la ciudad se encontraban bastante revueltas. Varias mujeres habían desaparecido en el curso de dos meses y no podían encontrar al responsable.

Imaginaban que éstas prostitutas habían sido asesinadas, pero nada era seguro hasta encontrar alguna pista que les condujera a los cuerpos. Me llamaban “*El Juez*”.

La primera vez que lo escuché me resultó extraño. Yo era más famoso que mi alter ego, el músico, y lo había conseguido sin esfuerzo alguno.

Como dejé plasmado anteriormente, yo jamás fui un niño prodigio, no era un genio de la música, y que mi nombre resonara en Europa fue un gran esfuerzo. Una tortura. Ese artista inmaculado era mi alter ego.

Yo era un niño intentando convertirse en hombre, con un gusto peculiar en la sangre y viviendo bajo la sombra de una madre sin escrúpulos. Yo era El Juez.

¿A quién se le habrá ocurrido ese apodo? Ni Dios lo sabe, pero cuando por fin escuché la explicación, no pude estar más insatisfecho.

Cuando elegía a las prostitutas para que fuesen mis obras de arte, jamás las elegía por el hecho de ser ramera. En cuanto a la moral y el decoro, no podía juzgarlas. Tenía una madre mucho más inmoral que muchas prostitutas de Londres, y eso no era lo que me movía a actuar.

Sus cuerpos, sus rasgos, todo en ellas se combinaba para dejarme ver que serían perfectas para mi arte. Cada una de ellas se encuentra grabadas en mi memoria y en mi corazón.

Si tuviese vino, brindaría por ellas.

Durante varias semanas el periódico se encargó de sembrar el pánico en las calles. Elene no pudo conseguir ni una sola ramera para mis momentos de estrés, y las mujeres burguesas salían siempre acompañadas de los sirvientes o de sus hijos mayores.

Las únicas que caminaban por las calles de Londres con libertad y tranquilidad, eran las gitanas. Ellas no tenían miedo y eso me encantaba.

Kostana era una de ellas, la más valiente y la dueña de mi atención.

Tres días antes de fin de mes, Ingrid apareció en mi recámara para despertarme.

La mujer que me había criado y que ahora me ignoraba, apareció bajo el umbral de mi puerta con la noticia.

—*La señorita Meyer acaba de llegar. Está desayunando con su madre* —su voz sonó fría y tan lejana que me provocó escalofríos.

Era una excelente noticia, pero antes de que pudiera agradecerle por el aviso, ella ya había desaparecido.

Me vestí con mis mejores ropas. Me perfumé con una de las muchas fragancias que me habían regalado, y corrí hasta el comedor.

La dulce Elizabeth había escalado velozmente en mi corazón, y aunque no podía sentir amor por ella, tenía un gran valor para mí.

Al entrar al Comedor, ella me recibió con una sonrisa reluciente de oreja a oreja, exclamando mi nombre como si ya fuésemos marido y mujer.

Elene, por otro lado, me estudió durante mi recorrido hacia mi futura esposa.

Cuando el teatro de los saludos terminó, pudimos dar lugar a una acalorada conversación. Hablamos sobre músicos, sobre los postres que debíamos degustar y el frío del exterior que llegaba a helar los huesos si dejabas la ventana abierta.

Todo se desarrolló a la perfección, hasta que Elizabeth nombró al Juez y Elene casi se ahoga con un bizcocho.

—*¿El asesino de prostitutas?* —pregunté intentando mostrar desconcierto.

—*Dicen que abusa de ellas y luego las corta en pedazos...para comerlas.* —sus inocentes palabras con acento francés llenaron de adoración mi alma.

—*Los dejaré solos...* —Elene nos interrumpió luego de mirarme con rabia, y abandonó el comedor.

—*Cuéntame más sobre el Juez...* —le pedí. Intenté distraer a mi futura

esposa de la extraña reacción de mi madre, y ella mordió el anzuelo sin problemas.

—*Mi padre me dijo que tuviese mucho cuidado si salía de aquí. Me pidió que te dijera que me acompañaras a todos lados. Teme que ese monstruo me haga daño.*

—*Tranquila...*—tomé su mano con fuerza- *Estaré siempre a tu lado.*

Tuve la misma expresión que Elizabeth al escuchar mis palabras. ¿*Estaré siempre a tu lado?* Aquello había llegado muy lejos. Me sorprendí al ver como mis cualidades de actor habían mejorado de tal manera que lograba engañarme a mí mismo.

Y así como dije con mi trillada frase, cumplí con mi palabra. Ambos pasamos una semana entera juntos, sólo nos separábamos al despedirnos en la noche.

Elizabeth (y esto me cuesta admitirlo) incluso se encontraba a mi lado en las mañanas cuando mi querida Kostana caminaba frente a mi ventana.

La observaba de reojo y le pedía perdón en mi mente.

Con mi prometida en la Casa Van Curen, mi madre puso distancia. Nos dejaba muchas horas a solas y poco a poco nuestra intimidad fue creciendo. Nos tomábamos de la mano cuando ella leía, y de mis labios salían los versos más hermosos que un caballero podía decir. Éramos una pareja adecuada.

Dos semanas sin liberar mi estrés me habían dado una concentración insólita para planear paso a paso mi último golpe. Uno que me daría paz y tranquilidad para poder conquistar a Kostana sin ningún inconveniente.

La planeación comenzó el mismo día que la Señorita Meyer llegó a casa, luego de dejar en mis manos una carta del Doctor Schreiber, escrita en puño y letra por mi gran amigo.

No recuerdo bien sus palabras, pero se mostraba preocupado por la situación en la Casa y decía que acudiría lo antes posible.

No podía esperar más tiempo para verle y, a pesar de haber llamado su atención con mentiras, algo era cierto: Elene era una bomba de tiempo y mi seguridad estaba en juego.

Todas las noches después de despedirme de Elizabeth, marchaba hasta mi recámara y escribía.

Estaba creando mi boleto de escape y no debía haber error, por lo que

me tomó varias noches conseguir redactar la carta perfecta.  
¿Desean saber para quien era la carta? Paciencia.

\*

Todo se estaba desarrollando como lo esperaba, e incluso me vi bendecido por un acontecimiento que terminó de convencerme que el mismísimo Dios se encontraba de mi lado.

Elene había sido invitada a una gran Fiesta a unas horas de Londres y la señorita Meyer la acompañaría como su invitada.

Ambas se vistieron como dos reinas. Sus vestidos brillaban e imponían alcurnia. Abandonaron la Casa Van Curen temprano, luego de almorzar, y se dirigieron en la carroza a la Fiesta.

No tendría noticias de ellas en muchas horas, lo más seguro era que regresarían al amanecer.

Espere una hora sentado en mi recamara, y cuando mi interior se calmó, fui a buscar a Frank. Ese sirviente que había dedicado más de diez años a complacer a mi madre en cada uno de los aspectos de su vida.

Frank era su amante, su cómplice, su sirviente y el único en esa casa en el que ella podía confiar.

Me acompañó hasta mi recamara y tras cerrar la puerta con pestillo, le propuse un trato.

—*Frank, ¿sientes algo por mi madre?*- fui directo al grano.

—*¿Por la Señora Elene? ¿A qué se refiere, Señor?*- su actuación era pésima. Lamentable.

—*Por favor, estoy intentando salvar a mi madre. Cooperá.* —me encontraba serio y me mostraba nervioso.

—*¿Qué ocurre?* —fingió nuevamente.

—*Los policías nos están pisando los talones, y yo sólo quiero que Elene se salve de la pena que le conferirán si la encuentran.*

Frank se puso de pie, su piel había palidecido.

—*Ella no hizo nada de eso, usted...* —no pudo continuar.

—*Sé que yo soy el responsable, y por eso quiero salvarla, pero no puedo dejar que ella huya sin compañía. ¿Entiendes lo que quiero decir?*

—*¿Desea que ella huya de Londres?* —su actuación de hombre desentendido terminó abruptamente...

—*Sí, pero necesito saber si realmente te preocupas por ella, Frank—*...mientras que mi actuación mejoraba a pasos agigantados.

Bajó la vista y dio un suspiro largo y pronunciado.

—*Sí, yo...*

—*Creo que por las cosas que nos unen, ambos podemos hablar abiertamente sobre esto.* —le invité a que se sincerara, y así lo hizo.

—*Lo que usted hizo y hace es enfermizo-* estudió mi reacción, la cual fue nula. —*La Señorita Elene sufre mucho por esto, y yo...sufro por ella.*

—*¿Serías capaz de protegerla y alejarla de Londres?*

—*Yo no tengo dinero para hacerlo...*

—*No hace falta, has visto nuestras reservas. Todo eso es tuyo si aceptas cuidar a mi madre.* —respondí.

Los ojos del mulato se abrieron de par en par.

—*Por supuesto, pero ¿qué pasará con usted?*

—*Yo me entregaré después de casarme con Elizabeth Meyer. La unión me dará inmunidad hasta salir de Inglaterra, pero Elene no tendrá esa suerte si se queda.* —esperé en silencio por una respuesta, pero Frank se mantenía en silencio.

Podía ver como su cabeza trabajaba desaforadamente.

—*Soy responsable y me entregaré a la justicia. Me haré cargo de mis errores y no quiero arrastrar a mi madre en esto.*

—*Eso es muy noble, Señor...* —musitó.

—*Pero necesito más de ti...* —clavé mis ojos en los suyos. Podía oler su miedo.- *Necesito que me digas donde están los cuerpos de todas las prostitutas. Necesito saberlo para poder entregarme.*

—*¿De todas, Señor?* —preguntó sorprendido.

—*De todas, Frank.* —caminé hacia uno de los cajones donde descansaba el abrecartas de mi padre, y tomé un papel y la pluma que se encontraba allí también- *Por favor, escribe las ubicaciones. Hazlo dos veces.*

—*¿Dos veces?* —preguntó al tomar las hojas de papel en sus manos.

—*Sí, necesito una para entregar en la policía y la otra la usaré para estudiar las ubicaciones y así hacer que mis respuestas coincidan. Ellos deben pensar que yo hice todo el trabajo.* —mentí. —*¿Sabes escribir?*

—*Sí, Señor. Su madre me enseñó.*

—*Perfecto...*

El temeroso hombre que me superaba en años, dejó en tinta todas y cada una de las ubicaciones, desde la primer muerte hasta la más reciente, poco antes que llegara mi prometida.

Obedeció como un buen sirviente, como un hombre asustado. Y no pude estar más agradecido por ello.

Tardó una hora en completar las dos hojas con lujo de detalle, y las dejó sobre mi cama, dudoso de lo que había hecho.

—*Esto podrá verse extraño ahora, Frank, pero salvarás a mi madre* —dije tras tomar las hojas de papel y dar un rápido vistazo.

Estaba todo: las ubicaciones, las fechas, incluso el estado de cada una de las mujeres. Luché para no sonreír.

—*¿Y ahora qué?* —Frank me preguntó. Su nerviosismo era tal que sus manos temblaban e intentaba camuflarlo con movimientos rápidos.

—*Mi madre llegará durante la noche, si es que no regresa al amanecer. Lo mejor sería que ustedes dos abandonaran Londres mañana mismo, pero...*—caminé hasta el armario y lo abrí de par en par—*Necesitarás ropa nueva, no querrás ser un sirviente toda tu vida, ¿verdad?* —giré para ver su expresión.

Una sonrisa temerosa se dibujó en sus labios, ya que frente a él se mostraba una gran colección de sacos y trajes de alta costura.

—*Elige los que te gusten...* —le dije, y me hice a un lado para dejarlo pasar.

Frank vestía ropas manchadas por los quehaceres del hogar. Sus botas eran una miseria, e imaginarle con una camisa limpia era muy extraño. Con delicadeza rozó las prendas. Debía admitirlo, Elene me había abastecido con los disfraces más costosos. En ese aspecto, ella había sido generosa.

Mientras mi fiel sirviente ojeaba de arriba a abajo sus futuras prendas, yo me alejé. Retrocedí hasta el modular y guardé las hojas en uno de los cajones junto al abrecartas de mi padre.

Cerré los ojos al sentir el filo bajo mis dedos. Frank no tenía la culpa, pero era un cabo suelto en la historia y no podía darme el lujo de dejar ni la más mínima posibilidad para el fallo.

Él era un gran trabajador, un hombre honesto, un buen amante... supongo. Al menos hacía feliz a Elene, pero aun así no valía lo suficiente.

Empuñé el abrecartas con fuerza, y mientras él observaba anonadado las finas telas que le vestirían, le atacé por la espalda.

Fue allí entonces que me vi sorprendido. Aprendí de la manera más ruda que asesinar mujeres había sido algo fácil. Frank, aun siendo más delgado que yo, tenía mucha más fuerza.

Gritó de dolor cuando enterré mi arma en su espalda, y giró para enfrentarme.

Su rostro se había distorsionado por el terror, sus pupilas dilatadas eran borrosas debajo de una capa húmeda, a punto de explotar.

Si no vieron alguna vez a un hombre a punto de llorar del dolor y la ira,

se trata de una imagen sumamente chocante. Algo te dice en el interior que hará lo imposible por sobrevivir.

Y yo no podía dejar que lo hiciera.

Asestó un puñetazo en mi rostro, haciendo crujir mi mandíbula y lanzándome al suelo. Frank aprovechó esos segundos para correr a la puerta, tambaleante y herido.

Me puse de pie con rapidez, la adrenalina en mi cuerpo se había convertido en la mejor droga contra el dolor, incluso mejor que el hachís.

Con sus manos temblorosas y sudadas fallaba una y otra vez en quitar el seguro de la puerta. Aquello me dio el tiempo suficiente para llegar a él y golpear una y otra vez el abrecartas sobre su espalda.

La sangre comenzó a manchar todo a mi alrededor. Sus piernas se debilitaron y cayó al suelo, suplicando por piedad.

Sentí desesperación al ver el desastre que estaba causando.

Mi idea jamás fue hacer de su muerte una carnicería...él lo había elegido así. Por lo que, aún vivo y luchando con sus últimas fuerzas, lo arrastré hasta mi armario.

—*¡Lucian! ¡Por favor! ¡No lo hagas!* —sus palabras se ahogaban por la sangre.

Hice oídos sordos, en ese momento ya no importaba lo que dijera o si yo me arrepentía por ello. Frank estaba muerto, o lo estaría en pocos minutos.

Intentó varias veces tomar mi ropa, jalarme, e incluso golpearme con su puño, pero era muy tarde. Lo conduje tomándolo de la espalda hasta el final del pequeño cuarto que representaba mi armario y lo escondí detrás de los trajes de verano.

Las prendas se sacudían incesantemente dejándome saber que aún permanecía con vida al momento de cerrar la puerta y abandonarlo a la suerte de Dios.

Frank ya no era un problema, lo que si era un gran problema era la sangre que adornaba el piso de mi habitación y toda mi ropa.

Me escabullí a escondidas de los ojos de los sirvientes, y busqué todo para limpiar el desastre.

Fueron horas arrodillado en el suelo de mi recamara, fregando y mojando cada mancha de sangre, pero antes de que amaneciera había completado mi misión.

Terminé de asearme casi al unísono de la llegada de Elene y Elizabeth, y al presentarme ante ellas en el Salón, ambas palidecieron frente a mí.

—*¡Lucian!* —gritó Elizabeth, ocultando su boca con sus manos.

Mi madre, en cambio, corrió hacia mí y me tomó con fuerza.

—*¿Qué ocurrió, hijo? ¿Qué es esto?* —la punción de sus dedos sobre mi barbilla me recordó amargamente lo que había ocurrido.

—*¿Alguien te atacó? ¿Fue el Juez? ¡Fue el Juez!* —la inocente Meyer comenzó a gritar, histérica al pensar que me había atacado el famoso asesino.

—*Tranquilas, en serio...* —respondí, alejando las manos de Elene de mi rostro.

—*¿Qué paso, Lucian?* —mi madre insistió.

—*Siéntate, madre...* —la invité a acompañarme al sofá, e hice lo mismo con mi prometida. —*Hay algo que debes saber...*

Tomé las manos de Elene con delicadeza y fijé mis ojos en los suyos.

—*Frank...* —al pronunciar el nombre de su amante, todo su rostro convulsionó— *...él vino a decirme que nos abandonaba, que exigía más dinero por sus tareas en la Casa. Cuando intenté conciliar una cifra provechosa para ambos, él se negó. Intenté convencerlo que se quedara, que era parte de nuestra familia, pero estaba decidido en irse.*

—*¿Frank se fue?* —la voz de Elene quebró.

—*Yo...yo intenté convencerlo, madre. Intenté frenarlo y fue allí cuando me atacó* —me mostré triste y conmocionado.

—*Lucian... ¿él se fue?* —me preguntó penetrando con su mirada en mi alma. Sabía lo que ella estaba pensando y no debía darse cuenta de la verdad.

—*Si, dijo algunas cosas que sólo puedo decirte en privado*— dedicó una mirada rápida a Elizabeth.— *Pero sí, él nos abandonó.*

—*Déjame ver eso* —Elene acarició mi rostro con delicadeza. El tacto gentil de aquella mujer era el primer cariño de madre que recibía de ella, por lo que cerré los ojos e intenté grabar esa sensación en mi mente.

—*Será mejor que todos nos vayamos a dormir...* —se puso de pie— *Elizabeth tampoco ha dormido en toda la noche, y supongo que estás cansada ¿No es así, querida?*

—*Sí, muy cansada* —respondió.

—*Descansen, yo también intentaré dormir* —agregué, y antes de que pudiesen despedirse, me alejé hacia mi habitación.

Tardé un largo tiempo en conciliar el sueño. Podía jurar que sentía la respiración entrecortada de Frank detrás de la puerta del armario, y un susurro de lamentaciones que llegaba a mis oídos, pero eran alucinaciones.

Dormí lo suficiente como para descansar mi cuerpo, pero al despertar mi mente se encontraba aún más agotada que antes de acostarme.

Me encontraba en la recta final y no estaba seguro si podría soportarlo.

## VII

Durante la agradable visita de Elizabeth me abstuve de la compañía de las prostitutas. En parte por no querer arruinar mi imagen, y además porque la doncella francesa podía calmar a la perfección el nerviosismo que me atormentaba.

El plan de Elizabeth era quedarse en de un mes, afianzar la relación que teníamos, y concretar un viaje para que sus padres me conocieran.

Enfrentar a los Meyer me causaba un estrés que sólo era superado por la estrategia que tenía entre manos. Sólo debía esperar y todo encajaría a su tiempo.

Por parte de Elene, los días que le siguieron al “abandono” de Frank fueron difíciles. Al regreso de una de las salidas con mi prometida, encontré a mi madre buscando en mi habitación por pistas de su amante.

Por supuesto no encontró nada, yo había sido lo bastante meticuloso para borrar cada gota de sangre, y mi armario siempre permanecía bajo llave. Debo admitir que en algo sí me equivoqué... Durante las noches luego de permanecer mucho tiempo en mi recámara, podía olerse un aroma pútrido emanando por los rincones, pero eso Elene no lo había notado.

La muerte de Frank me había dado cierta incomodidad, pero ese horrible sentimiento desaparecía rápidamente al ver el sufrimiento de mi madre.

¿Acaso eso es cruel? Si lo es, realmente no me importaba. El

resentimiento y el odio que había entre nosotros no se podían solucionar. Ella me aborrecía y yo compartía ese sentimiento.

Regresando al tema que me compete... Mi prometida era un ángel. Mostraba un entusiasmo exasperante por mi música, y siempre se encontraba ansiosa por pasar tiempo de caridad entre nosotros, cosa que no me molestaba en lo absoluto. Sólo me mostraba disconforme cuando me preguntaba sobre mi padre, sobre la relación con Elene, y las musas de mis sonatas más famosas.

La Sonata Gitana ya tenía suficiente renombre como para que todos me reconocieran por ella y, al momento de explicar a Elizabeth, sólo pude decirle la verdad.

—*¿Te enamoraste de una gitana?* —me preguntó asombrada.

Era de noche, ya habíamos cenado, y nos encontrábamos solos sentados en el sofá del Salón, muy cerca el uno del otro. Yo sostenía su mano y acariciaba su palma con delicadeza.

—*Era mucho más joven* —levanté la vista para ver su reacción.

—*¿Ustedes dos...tuvieron una relación?*—su inocencia me derritió.

—*No, claro que no. Jamás nos dirigimos la palabra. Creo que no estaba enamorado de ella, sino de lo que simbolizaba para mí-* mentí.

—*¿Cómo es eso?* —preguntó presionando mi mano con suavidad.

—*Ni siquiera supe cómo se llamaba...*—mentí otra vez— *Ella era rebelde, una mujer fuerte pero frágil. Y yo quería protegerla. Ella significaba una gran aventura, suponía muchos riesgos pero si lograba alcanzarla, las riquezas serían infinitas* —el parloteo filosófico escapó de mi boca como si todo aquello fuese verdad. Por un instante hasta yo mismo cuestioné mi veracidad.

—*Eso es muy inspirador, Lucian* —sonrió — *¿Sientes algo así por otra persona?*

Pude identificar su timidez en las palabras y las ansias que tenía de ser la próxima musa de mis canciones.

—*Una joven, con hermosos ojos verdes* —fijé mi mirada en sus ojos, y una mueca comenzó a crecer en su rostro. Una sonrisa que luchaba por salir y que ella no permitía.— *Ella tiene un exquisito acento francés...y es la mujer más adorable que he conocido en mi vida. ¿La conoces?* —pregunté divertido.

Las mejillas de mi prometida para ese entonces podían confundirse con tomates, detalle que robó mi corazón. Vi la oportunidad y la tomé: aprovechando que Elene ya nos proporcionaba la libertad de hacernos compañía sin supervisión, me incliné hacia ella y di, lo que yo considero, mi primer beso.

Ella abrió los ojos como platos al sentir mi contacto, pero luego los cerró lentamente.

La oleada de calor que vino luego no pude compararla con ninguna otra sensación. Los sucios besos que me habían dado las damas de compañía hasta ese momento no eran nada comparados al contacto ínfimo con Elizabeth.

Fue un beso rápido, un roce inocente que creó una gran piedra en mi pecho. Comenzaba a querer a la damisela y no podía darme ese gusto. Kostana era mi único amor y así debía mantenerse.

Cuando me separé de ella dimos fin a la velada. Ella abandonó el Salón dejándome en soledad con mis pensamientos.

Esa noche escribí lo que sería la carta más importante de mi vida, una hoja completa redactada por mi puño y letra lista para ser entregada cuando fuese el momento.

Al día siguiente, Elene notó la cercanía que existía entre nosotros y decidió darnos más espacio. Por un lado ella no deseaba verme: me culpaba por la huida de Frank, pero aún más le incomodaba verme feliz.

Esa misma tarde, mi madre me informó que al día siguiente llevaría a cabo una fiesta para presentar a Elizabeth a los burgueses londinenses, y yo debería encargarme del entretenimiento, como siempre lo hacía.

La rutina fue normal, almorzamos juntos. Elizabeth me escuchó tocar el pianoforte durante todo el día mientras ella leía, y al ocultarse el sol nos presentaron todo un banquete para nuestro deleite.

Sólo en ese momento Elene se reunió con nosotros y, al terminar de

comer, los tres nos dispusimos a retirarnos a nuestras respectivas recamaras.

Pero yo tenía cosas que hacer antes de poder dormir tranquilo.

Luego de estar recostado durante una hora, esperando que todos los sirvientes abandonaran los pasillos, me dispuse a actuar.

Evité perfumarme, me quité los anillos y el colgante que llevaba puesto siempre, y escondí en mi pantalón el único recuerdo que tenía de mi padre, además de su sortija.

Como si fuese un alma, me escabullí por los corredores hasta la habitación que ocupada Elizabeth. Sabía que lo que estaba haciendo estaba mal, podía imaginar la voz de Elene regañándome por tener la indecencia de aparecerme en mitad de la noche allí, pero realmente no me importaba.

Golpeé la puerta dos veces delicadamente para no despertar a nadie más excepto mi prometida, y luego de esperar unos instantes, su rostro desconcertado apareció detrás de la portilla.

—¿Qué haces aquí, Lucian? —fue lo único que dejé que dijera.

Abrí decidido y sin esperar ni un segundo más, la besé. Mi corazón latía con fuerza luchando contra esa enorme piedra que crecía en mi pecho. Me sentía en las nubes pero al mismo tiempo la vergüenza carcomía mi interior.

Había elegido besarla, y buscaba todo lo que ocurriría después. No se trataba de otra cosa que una gran traición a mi gitana, y aunque tuviese motivos para eso, mi boca se llenaba de un ácido difícil de digerir.

Elizabeth y yo nos unimos para convertirnos en una sola persona. Llevamos a cabo el ritual que sólo debíamos practicar al estar comprometidos ante Dios y, tanto ella como yo, disfrutamos de la compañía del otro el tiempo que duró.

Debía confesarle que nadie había logrado hacerme olvidar mis penas. Nadie, ni siquiera la dama de compañía más bella, pero elegí mantenerme en silencio.

Ella se vistió y se recostó en su cama, a mi lado. Me puse de pie e hice lo mismo. Me vestí, y con cuidado tomé la reliquia de mi padre mientras le daba la espalda a Elizabeth.

—¡Si mi madre se enterara! —exclamó y comenzó a reírse con nerviosismo.

—*Ojala puedas perdonarme...* —murmuré.

—*¿Qué has dicho? No te escuché con claridad...* —respondió inocente tras ocultarse debajo de las sabanas.

Me giré para verla, ocultando de su dulce mirada la reliquia, y me acerqué a la cama.

La joven frente a mí había robado un lugar muy importante en mi corazón, y no había previsto aquello cuando mi plan fue creado, pero no tenía más alternativas.

Me recosté a su lado, y en el intento de abrazarla encontré la oportunidad perfecta para actuar. Elizabeth cerró los ojos ante mi señal de afecto y en su ceguera, la atacé.

Me coloqué encima de ella y con mi mano izquierda tape su boca. Dejé a la vista el abrecartas que sostenía en mi mano derecha, y sus ojos verdes se helaron ante mi postura.

Pataleaba y gritaba incesantemente intentando quitarme de encima, pero no tenía la fuerza para lograrlo, y su voz no lograba sonar fuera de la habitación.

Sentía pena por ella, pero era algo necesario. Debía hacerse y no podía echarme atrás con ello.

—*Yo soy el Juez, Elizabeth...* —le dije, y su desesperación creció aún más.

Tomé el abrecartas con fuerza y azoté su pecho con él. Una y otra vez, sintiendo como su carne se abría debajo de mí. La sangre golpeaba mi rostro, y con cada chorro rojizo me convencía que mi accionar era el correcto.

Sus ojos verdes me dieron la última señal de tristeza, de terror y decepción antes de que la luz de ellos desapareciera por completo. El movimiento incesante de sus extremidades cesó, y al quitar mi mano de su boca comprobé que había dejado atrás su pálida carcasa.

La vida de la doncella francesa había abandonado el lugar, y era momento de terminar. Abandoné su habitación sin dejar rastro de mi paso por allí y me dirigí a la recámara de Elene que se encontraba sin llave, como si aún esperara la visita de Frank en medio de la noche.

Abrí la puerta tan delicadamente que me pareció una eternidad, y sin siquiera dar un paso dentro arrojé el abrecartas debajo de su cama.

Me aseeé, lavé personalmente mi ropa en el fregadero del baño, y me puse la ropa de cama antes de proseguir.

Bajé las escaleras hasta llegar a las habitaciones de los sirvientes, muy alejadas de la mía, y aún vestido con mi pijama, toqué desesperadamente en la puerta de Luro.

—¿Señor?—exclamó al verme parado detrás de su entrada.

—*¡Luro! ¡Necesito tu ayuda! ¡Tienes que ayudarme!* —fingí una taquicardia que luego de unos segundos se convirtió en realidad.

—*¿Qué ocurre? ¡Lucian, relájate!* —escuchar mi nombre en sus labios se sintió bien. Fue algo íntimo, algo que sólo un amigo haría.

—*Elene ha perdido el control, está completamente demente.*

—*¡Debes ayudarme, Luro!* —tomé su camisa con ambas manos y lo acerqué a mí.

Su rostro de asombro sólo demostraba que me creía cada palabra.

—*¡Toma esto, llévalo a la policía de inmediato!* —dejé en sus manos un sobre pesado, firmado a mi nombre para el Capitán Matthew Crame.

Luro, dudoso, tocó el sobre con sus dedos y regresó su mirada a mí.

—*¿Qué es esto?* —preguntó absorto.

Me encontraba en ventaja con él ya que, ante su mirada humilde, yo sólo era un niño adinerado que había sufrido desventuras con una mala madre.

—*Es algo urgente, Luro. No quiero que quedes involucrado.* —mi voz nerviosa y temblorosa no era más que la práctica durante horas gracias a la gran soledad de toda una vida.

Mi fiel sirviente se alejó de la puerta del cuarto para salir unos segundos después con un abrigo en su brazo.

—*Ve rápido...* —le ordené con tono angustiado.

Luro salió corriendo de la Casa Van Curen como si el mismo Belcebús lo estuviese persiguiendo.

Mi trabajo estaba hecho, sólo debía esperar a que los policías vinieran por mí.

Me dirigí a mi recámara no sin antes frenar unos instantes frente a la puerta cerrada de la habitación de Elizabeth. Su última imagen sin vida sobre su cama me revolvió el estómago. Me hizo sentir aquella vieja amiga que detestaba tanto: la piedra venenosa que trepaba por mi garganta.

Ella no merecía morir, no sentía el incendio intolerable cuando le di fin a su existencia. Pero era algo que debía hacer...por Kostana.

Ya dentro de mi recámara, me quedé a la espera de la Ley asomándome por la ventana.

No tardaron mucho en aparecer por un costado de la calle. Cinco policías alterados y armados siguiendo al despavorido Luro que no entendía en absoluto lo que estaba ocurriendo.

Corrí rápidamente intentando que mi respiración se alterara lo más posible, y antes de que los oficiales pudiesen tocar a la puerta, yo la abrí de par en par.

—*¡Alto!* —gritó uno de los policías, que al acercarse a la lámpara de la entrada se descubrió como el Oficial Crame.

—*Soy yo, oficial. Soy Lucian* —levanté las manos y me mostré lo más inofensivo posible.

—*Lucian...*—bajó el arma cuidadosamente y tendió su mano hacia mí—*Vinimos lo más rápido que pudimos.*

Me hice a un lado tras haber apretado su mano y dejé que toda la comitiva ingresara a la Casa. Luro entró al último y se acercó a mí sin reparo.

—*Señor, ¿qué está ocurriendo? ¿Qué debo hacer?* —Él sentía miedo. Yo sentí pena por él.

—*Puedes ir a tu cuarto, quédate tranquilo.* —Mis palabras no lo calmaron pero si le dieron el atajo que tanto deseaba para alejarse de los policías que lo miraban acusadoramente.

—*¿Dónde está?* —Crame no tardó en acercarse a mí — *¿Ella se encuentra aquí?*

—*Sí, señor* —dejé que mi ser vulnerable se mostrara y, con ojos humedecidos y una postura débil, los guíe hasta el primer piso.

—*Ella...* —me detuve fingiendo el llanto inminente— *Ella está ahí* — señalé la puerta de la habitación de mi prometida, y acto seguido oculté mi rostro con mis manos— *No sé...no sé por qué lo hizo.*

—*Tranquilo, hijo.* —la mano gruesa y pesada de Crame se posó en mi hombro, y con una seña rápida ordenó a los oficiales que entraran en el cuarto.

—*¡Oh, Dios mío!*— escuché la primera reacción de horror perteneciente a uno de los oficiales más jóvenes.

—*¿Cómo es posible?* —el susurro de otro hombre se oyó más alejado de la puerta.

—*Tengo que entrar, hijo* —me dijo el Capitán- *Quédate aquí y haznos saber si ella aparece.*

Asentí.

“*Hijo*”. Había pasado mucho tiempo desde que alguien me llamaba “*hijo*”. Por un segundo de insensatez mi mente me pidió a gritos que le dijera “*padre*”, pero eso sólo habría sido un error garrafal en toda mi estrategia.

Yo estaba consiente de mi inestabilidad emocional, pero seamos honestos... ¿no todos los genios sufren de alguna demencia?

Me apoyé sobre la pared opuesta a la puerta de la habitación y mantuve mi actuación lo más que pude, aunque mi curiosidad por ver sus reacciones a veces me alejaba de mi papel.

Las exclamaciones de los hombres eran cada vez menores, y pararon

cuando todos ellos se encontraron en el pasillo, junto a mí.

—*Lucian...Lo siento mucho, pero debemos arrestarlos a ambos. Entiendes eso, ¿verdad* —Crame soltó aquello con un dejo de tristeza y vergüenza.

Por supuesto que debía arrestarnos a ambos, pero todos sabíamos cuál era su objetivo. La carta había sido lo suficientemente convincente y acertada como para crear en ellos la certeza de quien era su asesino.

—*Lo sé, no me importa. Yo sólo quiero a Elizabeth de vuelta.*— oculté mi rostro nuevamente entre mis manos y caí al suelo quedando sentado como un niño pequeño.

¿Alguna vez escucharon la expresión “Lágrimas de cocodrilo”? Bueno, fueron las mejores lágrimas de la historia de Londres. ¡No!...de Europa. Incluso podía sentir como mi mentira tomaba forma y comenzaba a carcomer todo mi interior.

Algunas de esas lagrimas sí fueron reales. Quería a Elizabeth de vuelta, pero la necesitaba muerta.

Lo que paso luego lo contemplé como un agente externo. Un sueño nebuloso con sonidos apagados.

Los oficiales irrumpieron en la habitación de Elene y la inmovilizaron inmediatamente después que despertó. Los gritos, las acusaciones y la histeria de ese momento terminaron con la dulce y perturbadora armonía de la noche londinense.

Antes de que mi madre fuese arrastrada hasta el Salón Principal, ella escupió toda la verdad.

—*¡Lucian es el asesino! ¡Es el diablo! ¡Yo no he asesinado a nadie! ¡Deben creerme!* —e insultos que realmente no deseo recordar.

Su mirada inyectada en odio y resentimiento fue el combustible, mi musa inspiradora, y si se hubiese tratado de una obra de teatro, yo hubiese robado el corazón de todos mis espectadores.

—*¿Cómo pudiste, madre? ¡Yo la amaba! ¡No te perdonaré jamás!* —

respondí repetidas veces entre llantos.

Crame no tardó mucho en encontrar el abrecartas debajo de su cama y, sumando toda la información que les había regalado en la carta, halaron a Elene fuera de la Casa Van Curen.

Sólo un oficial se quedó conmigo en la soledad del Salón: Louis Bradbury, policía que conocía por sus visitas anteriores. En lugar de llevarme arrestado, los oficiales coincidieron que no era necesario. Mantenerme en custodia sería suficiente.

El hombre, preocupado por mi salud mental, supo ordenarles a los sirvientes que me prepararan una infusión y se mantuvo cerca de mí.

Tras una muy mal enmascarada “curiosidad”, Bradbury me interrogó sobre lo sucedido, sobre los asesinatos anteriores y, lo más importante en la línea de tiempo: mi accionar en todo eso.

Le conté mi verdad, la única verdad que veía la luz del sol. Sabía que Elene maltrataba esclavos, castigaba a los sirvientes de muchas maneras, e incluso le pagaba extra a las prostitutas para que luego de hacer su trabajo conmigo, la acompañaran a su recamara.

Pero siempre había sospechado de ella y sólo luego de la inesperada huida de Frank supe la verdad. Todo lo que sabía estaba escrito en la carta y la había redactado al ver que mi amada y futura esposa había sido víctima de los impulsos enfermos de mi madre.

Lloré, lloré como un crío. Lloré como debería haber llorado cuando Baz, mi padre, murió. Y hasta puse en duda su deceso, planteando que Elene también podría haber sido la responsable.

Louis, ese joven de ojos claros y cabello ceniza, se creyó cada una de mis palabras y, al verse los primeros rayos de luz por la ventana, abandonó la Casa Van Curen.

Ese día los sirvientes no dieron la cara, se escondieron en los rincones más oscuros de mi hogar, obligándome a hacer mi comida y pasear por los pasillos como si la casa estuviese abandonada.

La única compañía que tuve fue la de los sepultureros que marcharon al medio día para quitar el cuerpo de mi prometida de su recamara.

Fue un día gris, mas gris que cualquier otro día en Londres. Kostana no pasó frente a mi ventana y mi pianoforte no deseaba complacerme.

La noche fue aún más fría y desolada. Cené lo primero que encontré en la cocina y me acosté a dormir temprano, sólo para que el tiempo pasara más

rápido.

Y así fue. Luego de una noche de horribles pesadillas con ratas, mi padre con la voz del Capitán Crame, y la imagen de la que una vez fue mi sirvienta, Lucrecia, me atormentaran; la mañana me recibió con la mejor noticia.

Ingrid me despertó con la mirada apagada y una voz que claramente era de vergüenza y decepción.

—*Lucian, el Doctor Gerard Schreiber está afuera.*

Me levanté de un salto, y mostrando mi mejor sonrisa me vestí frente a ella.

—*Señor, me iré de la Casa hoy* —la voz de Ingrid sonó nuevamente mientras buscaba una de mis fragancias en los cajones.

—*¿Qué?*- no pude evitar girar a verla. La desesperación comenzó a tomar el control. —*No puedes, no puedes irte.*

Me acerqué a ella y al tocar su brazo, todo su cuerpo retrocedió. Me temía.

—*Sé lo que ocurrió en esta casa, y prefiero alejarme de aquí antes de que empeoren las cosas* —sus ojos estaban empañados.

Haciendo gala de mis brazos largos, cerré la puerta detrás de ella y giré el pestillo.

Ingrid me temía y eso era un puñal en el centro de mi corazón. Mi madre postiza estaba avergonzada por mi accionar, decepcionada... y yo no podía tolerarlo.

—*No puedes irte...*—susurré, olvidando por completo que mi único amigo se encontraba fuera esperándome.

—*Lucian...* —sus ojos se encontraron con los míos. Estaban cansados, exhaustos para ser más preciso.— *No diré que tu madre no merece lo que hiciste, pero tú, querido...* —con timidez alzó su mano y la posó en mi

mejilla.

¡Como extrañaba su tacto maternal! La extrañaba de sobremanera.

—*Tú, hijo, mereces algo peor. Pero yo no seré quien te delate. Eres mi hijo, y prefiero alejarme de aquí y fingir que nada de esto pasó a quedarme y terminar odiándote* —sus palabras fueron agujas directo al nervio más sensible de mi cuerpo.

—*¿Me odias?* — titubeé — *¿Prefieres olvidarme? Ingrid, ¿por qué haces esto?*

No había actuación en mi dolor. La piedra venenosa regresó a mi garganta y comenzó a crecer tan rápidamente que el aire escapó de mis pulmones.

—*Tú no puedes...no me puedes dejar solo* —imploré.

—*Si me quedo te odiaré, si me voy guardaré el recuerdo de mi pequeño Lucian intacto* —las lágrimas de Ingrid caían en silencio por su rostro.

—*Eres lo único que tengo, nana* —dejé que las emociones resurgieran y sollocé a su lado.

Una pequeña eternidad de silencio entre ambos, amarga y fugaz eternidad...nuestra despedida.

Mantuve mis ojos en los suyos mientras pasé a su lado, lo suficientemente cerca para sentir su roce por última vez. Ingrid me estaba abandonando, igual que mi padre, igual que Lucrecia y que Elizabeth. Usando el vacío que había causado en mí, me arrastré hasta mi pianoforte y dediqué una seguidilla de notas tristes y melancólicas a mi amada Nana. Una melodía que jamás seré capaz de replicar, y que sólo fue truncada por el sonido del pestillo de mi puerta siendo retirado. Silencio nuevamente, pero esta vez por sólo unos segundos, y un último sonido, suave y gentil. Ingrid fue dulce hasta el final, teniendo delicadeza incluso en cerrar la puerta de mi habitación. Unos movimientos más de mis manos, y mi madre ya no

pertenecía a mi vida.

Esas últimas notas fueron bajo el cobijo de la húmeda oscuridad que mis ojos contemplaban, y así me mantuve sin siquiera reparar en el tiempo que hacía esperar a mi amigo.

Quise aguardar unos momentos más, hasta que mi rostro no denotara tal punto de ruina. No podía recibir al Dr. Schreiber de esa manera, y mucho menos luego de tanto tiempo sin vernos. Cuando me sentí preparado, bajé a su encuentro.

Ver el rostro alemán apaciguó un poco mi desolación, y tras recibirme con sus brazos abiertos y su ceño fruncido de preocupación, nos reencontramos.

## VIII

—*Lucian, ¿qué ocurrió? Cuéntamelo todo* —fueron sus primeras palabras.

Nos desplazamos hasta los sillones y durante dos horas le conté con lujo de detalle la entramada historia que había creado.

Si ya de por sí Gerard odiaba a Elene, esto acabó de convencerlo de que se trataba de Lucifer con vestido. La llamó “perra” repetidas veces, y le agradeció a Dios que ella no hubiese llegado a herirme.

La noticia de la muerte de Elizabeth Meyer era el tema en boca de todos. El diario había publicado la noticia en primera plana con la descripción de Elene Van Curen y los detalles casi enfermizos que yo le había brindado a la Policía.

Gerard, por supuesto, tenía una copia. Me la mostró y me pidió ver el cuarto de mi prometida para despedirla. Así lo hice. Dejé que sus poco impresionables ojos de médico examinaran cada rincón.

Si no fuese que estaba totalmente hechizado por mi papel, él se hubiese dado cuenta que aquello había sido obra mía.

Él me acompañó, no me dejó ni un instante en soledad. Como en el pasado, el médico se convirtió en mi bálsamo.

Los siguientes días luego de la muerte de Elizabeth fueron turbulentos. Los policías entraban y salían de la Casa como si se tratara de la Estación, y los interrogatorios eran cada vez más intrincados. Por supuesto, todo salió

como lo esperaba, y el apoyo de Gerard le dio credibilidad a cada una de mis palabras.

Elene estaba tras las rejas y sería juzgada en pocas semanas.

Tuve que escribir una carta para la familia Meyer. Ese escrito resulto ser una Oda al amor que sentía por ella y cuan devastado me encontraba.

Para mi suerte, mi amigo se mantuvo estoico a mi lado en todo momento.

—*Me quedaré aquí contigo, Lucian. No me importa si no deseas mi compañía, me mudaré aquí. No puedes estar sólo* —era exactamente lo que deseaba.

Todo pintaba bien, hasta me vi bendecido por la imagen de mi gitana nuevamente, paseando frente a mi ventana. Todas las mañanas desde que el médico se trasladó a la Casa Van Curen, ella pasaba. Como si supiera lo que yo había hecho por ella.

“*He matado por ti, mi bella Kostana*” repetía en mi mente mientras su figura permanecía a la vista.

La gitana no pasó desapercibida para Gerard tampoco, que notó de inmediato mi mirada perdida y supo identificar, como buen observador y médico, lo que ocurría entre nosotros.

—*No sé qué esperas para hablarle...* —escupió entre risas mientras limpiaba su pipa.

Aquella acotación fue una invasión a mi privacidad. Al principio me molestó, ella era mi secreto y que Gerard lo hubiese descubierto tan rápidamente me hizo sentir desafiado.

—*Ella es inalcanzable, tú no la conoces* —respondí luego de apaciguar las emociones encontradas que me había producido.

—*Mira...* —se acercó a mí y se apoyó a un lado del pianoforte— *Ella es una mujer, una muy bella mujer, pero...* —me sonrió— *...una mujer al fin y al cabo, y con mi ayuda, querido amigo, puedes tenerla.*

—*Quiero creerte...* —le respondí, para luego disfrutar de los últimos

segundos de vista sobre mi gitana.

*“Clases para un buen amante”*

Así lo nombró Gerard, y durante las horas que me enseñaba las artes del amor, él se convertía en el Profesor Schreiber.

Consejos para cortejar, puntos sensibles en el cuerpo femenino, e incluso las mentiras que debía decir para robar el corazón de la mujer más difícil. Todo eso me enseñó.

Día tras día yo era un poco más apto para enamorar a Kostana. Entonces, lo inesperado ocurrió.

En una salida recreativa junto a Gerard, un gitano nos frenó y nos entregó una pequeña tarjeta invitándonos a una fiesta.

No tenía un nombre místico ni mucho menos. Con un horrible inglés él nos explicó que se trataba de una fiesta para recaudar el dinero que les habían robado meses antes.

Mordí mi lengua durante todo el encuentro para no sonreír.

—*¿Kostana estará allí?* —al oír mi pregunta mi cabeza se dio cuenta de mi error. Me había delatado con tal facilidad que sentía vergüenza.

—*Sí, ella estará allí* —el gitano me respondió confundido.

Antes de que pudiese decir otra estupidez, Gerard le agradeció por la invitación y me alejó de la mirada del gitano.

Me recriminó no haberle dicho que sabía su nombre y, eventualmente, tuve que confesarle que ya había asistido a una de sus fiestas. Supo perdonarme en un santiamén y comenzó a preparar la estrategia que yo usaría la noche de la Fiesta Gitana.

Dos semanas habían pasado de la fatídica noche que cambió el rumbo de los Van Curen, y faltaban otras tres semanas para el juicio de mi madre, cosa que esperaba ansioso.

Pero aún más ansioso me encontraba por el encuentro con Kostana, del cual sólo faltaban dos semanas.

Gerard se encargó de regresarle la vida a mi hogar, y propuso una seguidilla de encuentros por las noches en los cuales yo no estaba obligado a ser el entretenimiento.

Mujeres, hombres solteros, e incluso grandes celebridades de la ciudad

llegaban a pasar la velada con nuestra compañía. Algunos oficiales ingresaban a la casa y disfrutaban de los manjares y la buena música que disponíamos para ellos.

Mi pronta recuperación no se vio con malos ojos, ya que el médico no podía evitar fanfarronear sobre lo difícil que fue para él traerme de la muerte.

Yo estaba perdido en la oscuridad y, según él, me había salvado. Aquello no me molestó, me ayudaba a mantener la imagen de hombre infeliz.

Y así como Elene me proveyó de prostitutas durante muchos años, Gerard se encargó de guiar todo tipo de mujeres a mi recámara.

Estaba atado de pies y manos. No podía dar rienda suelta a mi arte con él bajo el mismo techo, y mucho menos lastimar a una de las damas que arrastraba a las fiestas.

Porque eso eran, damas. Mujeres solteras de alta alcurnia que adoraban acercarme a sus bustos y lloriquear “Pobrecito” al escuchar lo que había sufrido.

Al parecer las mujeres se interesan en un hombre que ha perdido el amor. Algo extraño que supe aprovechar en ese momento.

Había mañanas en las que despertaba abrazado por dos bellas mujeres y, en otras, escuchaba como se escabullían de la habitación antes de que el sol saliera.

Estaba viviendo la vida que Gerard tanto amaba.

Mujeres, licores, hachís, y todo tipo de compañía. Él me introdujo a un ambiente del cual yo conocía poco y que no me desagradaba tanto.

Esas dos semanas de espera fueron lentas, pero supe entretenerme para no perder la cabeza.

El día de la Fiesta Gitana me interné en el cuarto de baño. Estuve horas sumergido en la tina con la esperanza que cualquier rastro de muerte que permaneciera en mí se borrara por completo.

Gerard se ofreció a elegirme una prenda que resaltara todos mis atributos, pero le tenía vetada la entrada a mi recámara. Día tras día, la peste de Frank se había incrementado a tal punto de verme obligado a planear una manera de deshacerme del cuerpo.

En mi búsqueda de la prenda perfecta tuve que luchar contra las ganas de vomitar que el fétido aroma me provocaba y, antes de poder salir de la habitación, me encargué de bañar la ropa con la primera fragancia que estaba a mi alcance.

No deseaba oler a muerto para mi gitana.

Me vestí, me perfumé, y me peiné tomando en cuenta todos los consejos de Gerard, y antes de que el sol se ocultara, me obligó a tomar la última clase: Un repertorio de lecciones que podrían salvar la situación si Kostana terminaba siendo una mujer difícil.

Me sentía preparado, listo para “cazar mi presa”, como decía el médico.

Lo que hicimos fue terminar de cenar y encaminarnos al descampado donde se llevaba a cabo la gran Fiesta. La misma ubicación que la vez anterior.

Las calles estaban desiertas, el frío en esa temporada había sido más devastador que el de los años anteriores, y aunque todos estábamos acostumbrados a las bajas temperaturas, ninguno deseaba abandonar sus acogedores hogares.

Gerard caminaba junto a mí, tarareando una melodía callejera que había escuchado días antes en el mercado, y con todo eso nos alejamos de las luces de la ciudad.

Fui espectador de aquel hecho mágico que ocurría todos los días, y del cual yo sólo había escuchado por mi madre: Una decena de hombres salían a las calles y encendían todas las velas de las lámparas.

Una por una; un tedioso trabajo que luego debían repetir al amanecer, apagando los velones que descansaban sobre los postes de hierro cada cinco metros. Me sentí tan fascinado por aquel detalle ordinario que no pude evitar frenar y observarlos durante unos momentos.

—¿Ocurre algo? —Gerard me preguntó, tomando mí brazo.

Sacudí mi cabeza en negativa y le sonreí. Las calles poco a poco se encendían, cobraban vida por estas sombras humanoides que pasaban desapercibidas en el mundo. Eran “fantasmas de la noche”, así los llamé.

Me recompuse y seguí a mi amigo hasta llegar al camino de tierra que nos daba la bienvenida a las afueras de la ciudad.

Caminamos a paso lento, tranquilos, disfrutando de los aromas salvajes y el aire fresco que llenaba nuestros pulmones de cierta energía. Miré a Gerard y supe que él también reconocía esos pequeños detalles. Era un observador, un estudioso capaz de ver lo verdaderamente sustancial en las cosas.

Me sentí orgulloso de ser su amigo, y seguro al tenerlo a mi lado en esa

noche tan importante.

No tardamos mucho en llegar a la cortina de arbustos en la cual me había perdido la vez anterior. Intenté revolver mi memoria y recapitular cómo había hecho para cruzarlo, pero todo había sido obra de Luro en ese momento. Respiré profundamente y me adentré los primeros metros.

—*¡Sígueme!* —le indiqué a Gerard, que no dudó en tomar mi hombro con su mano para no perderse.

Con cada paso que dábamos, la música se elevaba sobre nosotros.

Las plantas eran tan altas que ni siquiera podíamos ver las luces del otro lado, pero yo estaba seguro que se encontraban allí.

La lluvia había provocado que el suelo que pisábamos se asimilara a arenas movedizas, y con un esfuerzo sobrehumano y varios tropezones, llegamos al otro lado.

La música llegó a mis oídos de forma violenta, me envolvió en una cúpula y me aisló de todo lo demás. Gerard se postró a mi lado y comenzó a hablarme pero no escuché nada de lo que dijo.

Sólo podía prestar atención al frenético violín que provenía de las carpas y la tormenta de colores y luces que estaba frente a mí. Ni en los sueños más locos habría podido igualar ese paisaje.

El tacto de la mano de Gerard sobre mi hombro me despertó del trance y me obligó a verle.

—*¿Acaso estás sordo?* —preguntó algo molesto.

—*Disculpa, estaba distraído. ¿No es increíble?* —realmente estaba maravillado. Sentía que esta vez las cosas eran más brillantes, más vivaces y emocionantes. Y sabía que esta vez podría llevar a cabo mi misión.

—*Sí, se ve entretenido. ¿Vamos?* —la invitación salió de su boca para dar comienzo a nuestra travesía en territorio Gitano.

Recorrimos cada rincón del campamento. Los gitanos se habían distribuido por el terreno de tal manera que no hubiese espacios vacíos y sin supervisión.

Habían levantado todo tipo de carpas, decenas dedicadas sólo a la comida y los exquisitos licores caseros. Un par de carpas cerradas en las que las mujeres burguesas hacían fila para que una gitana les leyera el futuro, y muchas otras que se encargaban de hacer fluir la música; los ritmos se mezclaban y creaban un perfecto ambiente de jolgorio. La cultura de los Gitanos podía ser difícil, pero ellos no lo demostraban.

Voluptuosas y bellas mujeres por donde mirase. Gerard se encontraba hipnotizado, extasiado observando de un lado a otro viendo como las gitanas bailaban a su alrededor.

El Dr. Schreiber era un Don Juan, un hombre habilidoso cuando se trataba de cortejar damas, pero yo estaba seguro que la fémina gitana era un terreno desconocido en su historial.

Porque ellas no eran como las mujeres británicas, y quizás ese toque distinto era lo que yo más adoraba de ellas, especialmente de Kostana.

Paseamos durante horas, bebiendo y comiendo todo lo que nos ofrecían. Nos acoplamos en varias carpas y disfrutamos de diferentes músicos con sus respectivas bailarinas, pero ninguna de ellas era mi Gitana.

Ya entrada la noche, yo ya empezaba a impacientarme. La fragancia que había usado era casi imperceptible y sin importar cuanto había cuidado mi vestimenta, la había manchado gracias al alcohol.

Sentía un cosquilleo insoportable en mis manos y mis piernas se encontraban débiles, todo eso gracias al Brandy y el vino patero que nos habían servido. Pero mi psique permanecía intacta, nerviosa y expectante de reconocer entre la multitud a mi futura esposa.

Gerard supo apaciguarme integrándome a una charla sin sentido con dos gitanos, que nos contaron de su encuentro con el ladrón que les había hurtado todo su dinero.

Aquella historia inventada me entretuvo por un tiempo, y deseé poder pinchar su burbuja de héroes al decirles que yo era quien les había robado el dinero. Cuando de la nada y sin haberlo esperado, a unos metros detrás de los caballeros que nos mentían descaradamente, un grupo de mujeres salió de una carpa, entre ellas...Kostana.

Al parecer mi rostro se desfiguró y llamé la atención de mis compañeros, ya que tanto Gerard como los dos gitanos voltearon a ver qué es lo que yo observaba.

—*Podríamos decir que mi amigo está enamorado* —dijo Gerard entre risas.

Los dos gitanos se dedicaron una mirada cómplice antes de romper en carcajadas.

Mi estado de enamoramiento era una burla para ellos, y mi amigo no ayudaba mucho.

—*¿Kostana?* —preguntó uno de los gitanos.

—*Sí, sí, Kostana* —Gerard respondió al percatarse que yo aún seguía boquiabierto por la presencia de mi gitana.

—*Buena suerte, chico* —dijo con una sonrisa burlesca en su rostro antes de alejarse.

—*La necesitarás...*—agregó el otro. Y ambos se perdieron en la multitud.

Yo olía a vino tinto, mi cabello había sido despeinado por una gitana horas antes mientras intentaba seducirme, y mi mente se había apagado al verla. No podía ordenar las palabras y las clases que Gerard me había dado se borraron de mi memoria.

Era un desastre.

—*No sé qué hacer* —miré a mi amigo con desesperación. Me encontraba perdido nuevamente. Ese era el efecto de Kostana en mí.

—*Tranquilo, vamos para allá e intentemos hablar con ella. ¿Está bien?*— contestó.

Él era compasivo y paciente. Yo sabía que en su interior estaba riéndose de mí, pero en la superficie se mostraba caritativo a mi situación. Él entendía lo que sentía por la gitana, y no había manera de agradecer lo que estaba haciendo por mí.

La seguí casi obligado. Gerard me empujaba en cada momento para que no la perdiera de vista y, al cabo de unos minutos, ella nos guió hasta las afueras de una carpa donde había sólo gitanos. Se hallaban sentados, formando un círculo alrededor del inicio de una fogata, bebiendo vino y conversando con el delicado murmullo de una guitarra de fondo.

Kostana se sentó entre dos hombres fornidos y recibió con una sonrisa una taza llena hasta el borde de alcohol.

Me detuve al ver que éramos los únicos extranjeros en esa zona, y luego de estudiar el entorno, Gerard hizo su primer movimiento.

Se adelantó y abriendo sus brazos al grupo de personas se presentó.

—*¡Esta es una noche encantadora! ¡La mejor fiesta a la que he asistido!* —exclamó con júbilo, y se inclinó junto al hombre que tocaba la guitarra.

Los gitanos frenaron sus conversaciones para mirarlo con sorpresa. En sus rostros se reflejaba cierta incomodidad hacia Gerard.

—*Debo felicitarlos, ustedes si saben cómo festejar* —agregó, y en un movimiento rápido de su mano me indicó que me acercara.

Así lo hice, lentamente y temeroso de que los hombres del grupo les disgustara nuestra intromisión.

—*Me llamo Gerard, soy de Alemania, y él...* —me señaló al llegar a su lado —*...es mi amigo, Lucian. Es el músico, quizás hayan escuchado de él; Lucian Van Curen.*

Unos pocos hombres abrieron sus ojos con estupor, y sólo uno se dignó a decir palabra.

—*Eres el pianista. Tu nombre es noticia estos últimos días* —dijo señalándome, y poco a poco una sonrisa se dibujó en sus labios— *Su madre es El Juez.*

Todos se miraron entre sí, incluso Kostana frunció el ceño al oírlo.

—*Yo no... no quiero hablar de eso* —titubeando intenté alejar la noticia de la conversación, pero fue imposible. Los Van Curen eran famosos y ya no se trataba sobre mi talento musical.

—*Él ha pasado por mucho en las últimas semanas. ¿Nos permiten acompañarlos?* —Gerard intervino, y con el uso de su sonrisa y su extravagante acento alemán hizo posible que los hombres hicieran un espacio en la ronda—*Siéntate, Lucian.*

Así lo hice. Me senté junto a un gran gitano de cabello oscuro, largo hasta la mitad de su espalda y ondulado de la misma forma salvaje que el cabello de un corcel. Su aroma era fuerte e invasivo, pero no así desagradable.

Al acomodarme a su lado con Gerard a mi izquierda, pude prestar atención a la belleza celestial de Kostana, sentada frente a mí del otro lado de la fogata.

Tardamos un tiempo en camuflarnos en la ronda. El gigante a mi derecha fue el primero en mostrar modales y darme una taza con alcohol. Supe sonreír y agradecerle en su idioma.

—*Merci...* —mi pronunciación era pésima, y al escucharme el resto de los gitanos no pudieron evitar reírse de mí.

En ese instante busqué a la gitana, y la encontré ocultando su risa detrás de la palma de su mano. El aire escapó de mis pulmones, y un escalofrío recorrió mi espalda al darme cuenta de que, a pesar de que se estaba riendo de mí, yo ya no era invisible para ella.

La tediosa barrera del idioma y nuestras diferencias culturales fueron la muletilla para la conversación. Gerard supo transformar la división entre nosotros en una unión divertida y vivaz.

Nos contaron sobre sus viajes, sobre las tres bodas que habían tenido durante ese año, y lo devastados que habían quedado al ver que todos sus fondos habían sido robados. Mi acto delincuente había sido más devastador de lo que había pensado, pero mereció la pena. La tristeza de los gitanos valía cada centavo robado, por tener a Kostana frente a mí esa noche.

Eventualmente el tema de mi madre resurgió y deseé ponerle fin a toda la mística que había sembrado Gerard al guardar silencio.

—*Mi madre...ella perdió la razón. Contrataba prostitutas para su entretenimiento y yo...*—bajé la vista al suelo de manera emocional, pero era para buscar en mi cabeza las palabras perfectas para continuar— *Al principio pensé que era casualidad que la policía buscara a las mismas mujeres, pero cuando fue una certeza, no supe cómo reaccionar.*

—*Lucian, no es necesario que hables de ello-* Gerard apoyó su mano sobre mi hombro.

Al levantar la cabeza, tenía la atención de todos los gitanos. El guitarrista había cesado con su música y, así como todos los demás, él también escuchaba mis palabras.

—*Hace un mes, yo estaba comprometido con una hermosísima mujer francesa. La amaba...nos amábamos. Aun no entiendo por qué, pero mi madre la asesinó sin escrúpulos. Me quitó lo único que me hacía sentir lleno*—mis ojos se posaron sobre Kostana. Deseaba que ella viese dentro de mí y supiera, quizás por arte de magia, que mentía. Ella era lo único que me hacía sentir completo.

—*Diablos...eso es fuerte, amigo* —el hombre gigante de mi derecha musitó, para luego vaciar su taza dentro de su boca— *Siento tu pérdida...*

Nuestra fiesta privada continuó mientras la música fluía tan armoniosamente que podíamos mantener una conversación sin tener que elevar la voz. Me conservé tranquilo, absorbiendo toda la información que esas personas me brindaban, pero no había momento que no mirase de reojo la silueta de la gitana.

El gitano sentado a la derecha de la gitana se puso de pie y se alejó

hacia la oscuridad de los arbustos a hacer sus necesidades. En ese instante, Gerard aprovechó el lugar vacío e hizo el primer movimiento.

Él se sentó junto a Kostana y conversó con ella durante varios minutos, tiempo en el que yo herví de celos. No aceptaba que el alemán robara la atención de mi doncella, y sólo cuando me llamó supe que lo único que hacía era forjar una relación para que yo pudiese unirme.

Ella abrió un poco más la ronda y yo me trasladé junto a ellos. Estar cara a cara provocó un incendio dentro de mí. Esa horrorosa sensación que sólo podía calmar con sangre ahora era culpa de la gitana, y cada segundo en su compañía me llevaba más cerca de la locura.

Su voz condimentada con su exquisito acento francés se grabó en mi mente. Cada palabra, cada mueca y el sonar de su risa era en lo único que podía pensar. Ella estaba causando un desorden dentro de mí, el niño tímido y temeroso que yo había sido resurgió a la superficie y no pude modular más de una o dos oraciones. Gerard se encargó de hacer todo el trabajo. Él le habló de mí, de mis famosísimas sonatas, e incluso le nombró mi mayor éxito: “*Sonata Gitana*”, por el que ella mostró interés.

—*Cuando quieras puedas acompañarnos. Lucian es un excelente anfitrión* —mi amigo no frenaba con sus halagos.

—*Eres siempre bienvenida en la Casa Van Curen* —dije casi como un murmullo.

—*¡Hace fiestas todo el tiempo! Si lo deseas, puedes asistir con tus amigas y amigos. ¡Todos están invitados!* —gritó llamando la atención del resto de los gitanos que nos rodeaban, y al unísono todos elevaron sus copas como agradecimiento.

—*Gracias, a ambos...* —Kostana respondió, fijando sus ojos esmeralda sobre mí— *Me encantaría.*

Mi sonrisa era sincera y amplia. No podía pedir más para esa velada.

Nos quedamos un par de horas más, esperando los primeros rayos del sol, y junto a la helada de la mañana, regresamos a casa.

Me sentía satisfecho, lleno de felicidad, y con un nerviosismo enfermizo que hacía que todo mi cuerpo temblara. Hubiese deseado

conquistar a mi dama esa misma noche, pero sabía que las cosas buenas no eran de la noche a la mañana.

Al llegar a mi hogar, me acobijé con gusto bajo las sabanas y, haciendo caso omiso al fétido aroma que despedía mi armario, me quedé dormido.

## IX

Desperté casi a medio día, y en el instante que abrí los ojos me obligué a buscar una forma de deshacerme del cadáver.

Ocultar a Frank en mi armario pareció una buena idea al principio, pero ahora que ya habían pasado varias semanas, me era imposible concentrarme o si quiera conciliar el sueño por la pestilencia.

Tras vestirme y humedecer cada rincón del cuarto con una botella entera de una de mis fragancias, abandoné mi habitación.

Gerard se encontraba en el Gran Salón y esperaba alegremente el almuerzo. Al verme se puso de pie y me dio la bienvenida con su amplia sonrisa.

—*¡Amigo! ¿Descansaste bien?* —su rostro, aunque brillante por la alegría, estaba magullado por dos enormes bolsas oscuras bajo sus ojos.

Ambos nos acostamos tarde por culpa de la Fiesta pero él, obviamente, había sufrido mayores repercusiones. La cantidad abismal de alcohol que él había ingerido era sorprendente, pero sabía cómo esconderlo.

—*Muy bien, Gerard. ¿Cómo te sientes?* —me acerqué a la mesa y me senté a su lado.

No tardó mucho en entrar una de las sirvientas trayendo dos bandejas

de gran tamaño. Al descubrirlas, nos encontramos con un manjar de pato y cerdo.

—*Lo suficientemente bien como para devorar esto* —esperó a que la mujer dejara en su plato una gran porción de pato, y le agradeció—*Muchas gracias, dulzura ¿Hay vino?*-preguntó.

La sirvienta era joven. Yo la había visto una o dos veces en las grandes fiestas, pero ni siquiera sabía su nombre.

—*Por allá hay vino* —le señalé, y ella de inmediato fue a buscarlo.

Comimos con tranquilidad, no había nada que nos apresurara. Ambos llevábamos una vida bastante “simple” bajo el techo Van Curen, y no nos molestaba.

Nuestra charla fue muy variada. Gerard insistió durante todo el almuerzo en recalcar mi buen gusto con las mujeres, y me daba “ánimos” asegurándome que si Kostana asistía a alguna de nuestras fiestas, ella quedaría hechizada conmigo. Eso era lo que yo quería. Yo estaba seguro que ella me pertenecía, sólo necesitaba que ella viera que yo era el hombre que necesitaba: un caballero, un músico, un proveedor, y un buen amante.

Con lo último siempre tuve problemas, ya que siempre dudé de las palabras de las prostitutas porque, al fin y al cabo, ellas no podían decir que eras un fiasco...les pagaba para que mintieran.

El único testimonio que podía creer era aquel que había salido de la boca de Elizabeth, pero no podía compartir esa vivencia con Gerard. En lo que al él y a la totalidad de los oficiales respecta, yo había perdido a mi prometida antes de que cualquier acto se concretara entre nosotros.

Si me consideraba un buen amante, era simple especulación.

Acompañados por una deliciosa taza de café, nos dispusimos en los sillones y continuamos con nuestra charla.

—*Tengo muy malas noticias, Lucian* —su voz se nubló al mismo tiempo que sus ojos. Pude imaginar mil escenarios, pero su reacción terminó por desconcertarme.

—*Deben de ser muy malas noticias si te pones de esa manera* —

respondí mientras me sentaba con propiedad para escucharle.

—*Te dije que iba a estar contigo en todo momento, pero algo ha surgido y debo irme por un tiempo-* sus ojos estaban fijos en la taza de café.

—*¿Por qué? ¿A dónde te irás?* —temí por mí y por mi estabilidad mental. Si él no estaba, ¿quién me ayudaría a conseguir a mi gitana?

—*Una reunión muy importante en Austria. Una junta con las grandes mentes de la medicina. Es algo muy importante para mí, pero no pensé que se haría tan pronto* —el sentía pena por mí.

Escogí quedarme en silencio, tomar una pausa para dejar que toda la información se acomodara en mi cabeza.

—*Partiré en tres semanas. Lamentablemente coincide con la semana del juicio de tu madre* —él continuó hablando.

Me había olvidado de eso. Estaba tranquilo y conforme con sólo tenerla lejos de mí. Recordar que sería enjuiciada alegró levemente mi ser.

—*Pero no te preocupes, tengo todo planeado. Podemos hacer varias fiestas hasta que ese día llegue. De esa forma, cuando me vaya, tendrás tiempo a solas con Kostana-* elevó sus ojos hasta mí, y una sonrisa pícaro se dibujó en su rostro.

—*Tu viaje... ¿será por mucho tiempo?*—en cuanto a mí, no reflejé emoción alguna. Sí que era una mala noticia que me tomaba desprevenido.

—*Un mes probablemente...pero para eso falta casi todo un mes también* —dijo como anestesia a su mala noticia.

“*Un mes es poco tiempo y mucho tiempo*” quise decirle, pero no me sentía con derecho a recriminarle. Al fin y al cabo, Gerard era un profesional de la medicina, y en su agitada agenda no había lugar para procrastinar con un joven londinense.

—*Entonces debemos organizar las fiestas pronto-* respondí. Fue lo único que se me ocurrió.

—*¡Manos a la obra!* —él exclamó antes de ponerse de pie y alejarse hacia la puerta— *¡Esta noche será la primer noche de tres semanas enteras de Fiestas!* —gritó.

Gerard abandonó el Salón, y en mi soledad tuve el tiempo suficiente para pensar. El aroma pútrido no llegaba hasta allí, pero si alguien se acercaba a la puerta de mi dormitorio podría oler la podredumbre que se cocinaba dentro.

Debía actuar, y tener a mi amigo ocupado con las tareas de anfitrión sería suficiente para poder sacar el cuerpo sin que él se diera cuenta.

Ordené a todos los sirvientes que siguieran al pie de la letra todos los pedidos de Gerard con una sola condición: que se mantuviesen lejos del Salón hasta que yo dijera lo contrario. Y como buenos subordinados, así lo hicieron.

Mi plan tenía errores y muchos huecos vacíos que podrían llevarme al fracaso con tal facilidad que opté por ignorar mi propio sentido común.

Quitó la enorme alfombra que cubría gran parte del suelo de mi habitación, y la desplegué frente al armario. No parecía una tarea difícil, al menos no en teoría. Mi opinión cambió cuando abrí la puerta y una oleada de muerte golpeó mi rostro. Todo a mi alrededor comenzó a girar, y mi vista se nubló al punto de oscurecer la habitación entera.

Cuando me recompose, aguanté la respiración y ntré. Lo que una vez había sido el ferviente amante de Elene y uno de los más atléticossirvientes, en ese instante sólo era una gran masa de putrefacción perforada por gusanos y moscas que revoloteaban sobre él.

Dediqué unos segundos a observarle, e intenté recordar su aspecto cuando estaba vivo, lo cual haría de la experiencia algo menos desagradable. Tomé sus pies y lo jalé hasta la alfombra. Al soltarlo, sus extremidades se relajaron sobre el costoso tejido y sus jugos se esparcieron por cada fibra.

—*¡Qué asco!* —exclamé. Realmente no había otra expresión para ello. Había llegado a la conclusión que la muerte no era tan pintoresca como yo había creído por tanto tiempo.

La muerte era sólo una palabra linda para decir “desperdicio”. Eso mismo era Frank en ese momento...desperdicio. Incluso el excremento olía mejor que él. Sacudí esas ideas tontas de mi cabeza y continué.

Mi plan era simple pero también tenía muchas fallas. Una de ellas era que no había pensado donde desecharía a Frank. Aún era de día, por lo que arrojarlo al río no era una opción. Otra falla muy importante era que realmente no sabía cómo haría para transportarlo por toda la casa. Y ante aquellas incógnitas, lo único que hice fue actuar. Dejé de pensar y me decidí a hacer el trabajo sucio que mi madre hacía.

Envolví el cadáver con la alfombra, y lo levanté sobre mi hombro. Su cuerpo en descomposición había perdido mucho peso, lo que hizo que mi esfuerzo fuese menor. Salí de mi recamara y crucé el Salón con rapidez. Al llegar a la puerta espí el pasillo: no había nadie y tampoco lo habría si mis órdenes eran acatadas.

Caminé por el pasillo hasta llegar a las escaleras que me conducirían a planta baja. Los sirvientes debían estar dispersos por allí, y también en el sótano. Cualquiera podría aparecerse y arruinar todo mi plan.

Fui muy cuidadoso al bajar las escaleras, y aun así cuando avancé los tres primeros metros por el corredor, escuché voces.

Dos mujeres se acercaban por el pasillo, ubicadas en alguna de las muchas habitaciones cercanas a mí. Entré en pánico, mi cerebro se congeló, y lo único que pude hacer fue ocultarme en la primera puerta que tenía a mi derecha.

Cerré la puerta al entrar y escuché detalladamente lo que ocurría afuera. Las dos sirvientas llegaron al pasillo y se detuvieron...

—*¿Qué es ese aroma?* —preguntó una de ellas.

—*Dios mío... ¡es repugnante! ¿De dónde viene?* —exclamó la otramujer.

—*Está por todos lados*— agregó la primera.

Sus voces acompañadas por pasos cautelosos se acercaban cada vez más a mi escondite.

—*Creo que viene por esta zona* —dijo, e inmediatamente una arcada de asco— *Fíjate allí.*

Los pasos sonaron cada vez más fuertes, y en un último intento de ahogado trabé la puerta con todo mi peso y el de Frank. El pestillo comenzó a moverse y pronto sentí como intentaban empujarme.

—*¿Terminaron tan pronto los postres, señoritas?*- una tercer voz sonó, asustándome y provocando que mi sangre se helara. Era Gerard.

—*Señor, nosotras...*— intentaron explicar, pero él las interrumpió.

—*No quiero excusas, necesito esos postres con urgencia. ¡Vamos, vamos!*

La mujer que intentaba abrí la puerta desistió de su curiosidad, y poco a poco los pasos fueron alejándose. Respiré profundamente, intentando relajarme, pero al hacerlo el perfume mortuorio de Frank llenó mis pulmones.

Vomitó, así de simple. Todo lo que había almorzado ahora descansaba sobre el piso de esa precaria habitación donde se guardaban los abrigos de los invitados.

Esperé unos minutos hasta asegurarme que el pasillo estuviese libre, y salí. Corrí lo más rápido que pude, dirigiéndome hacia la puerta escondida que estaba junto a la cocina.

La Casa Van Curen tenía muchos pasadizos secretos, la mayoría desconocidos para mí, excepto ese y uno más que realmente no tenía importancia alguna.

Esa puerta camuflada como pared escondía una escalera que bajaba al mismo nivel que el sótano, sólo que en la habitación fantasma a donde me dirigía descansaba todo el dinero de la familia. La fortuna Van Curen. Mi fortuna.

Sólo tres personas conocían la ubicación de la bóveda: Elene, Ingrid, y yo. Y ahora ambas estaban ausentes, por lo que me aseguraba que Frank

descansaría en paz allí dentro.

Corrí hasta llegar al umbral de la cocina, me asomé silenciosamente y divisé a tres sirvientes corriendo de una esquina a la otra preparando las exquisiteces de esa noche. Gerard era un hombre simple, pero cuando deseaba excentricidades podía ser muy quisquilloso. Estaba seguro que los subordinados extrañaban a Elene viendo al nuevo jefe que les había tocado.

Esperé varios minutos hasta ver el momento idóneo para correr frente a la puerta. Los tres dieron la espalda a la entrada, y tomé carrera.

Crucé con tal velocidad que temía haberlos alertado, pero no me detuve. Llegué a la puerta o, mejor dicho, al trozo de pared donde yo sabía había una puerta, y empujé. No tenía mucha seguridad, Elene no pensó que era necesario ya que el simple hecho de ser invisible para los ojos era suficiente.

La puerta se abrió y entré sin pensarlo dos veces. Me aseguré de cerrarla apropiadamente y, ante la oscuridad, bajé las escaleras...

No necesitaba velas, conocía el camino como la palma de mi mano, y en poco tiempo me encontré dentro de la gran bóveda. Fue gratificante patear por error uno de los arcones llenos de plata, y cuando encontré un espacio vacío, dejé caer la alfombra con Frank dentro.

Ese sería su hogar hasta que encontrara uno mejor. Allí nadie lo olería.

El regreso a mi habitación fue mucho más rápido. Abandoné la bóveda cerrando la pared falsa sin que nadie me viera, y al toparme con una de las sirvientas en mi camino a las escaleras actué tranquilo y relajado.

Gerard había puesto la Casa y a todos sus ocupantes de cabeza, pero no me importaba si gracias a eso él realizaba la mejor fiesta de todas.

El resto del día me encargué de borrar el rastro de putrefacción de mi cuarto. Estaba ansioso por ver a Kostana y, aunque había fantaseado con su visita muchas veces, no podía imaginarla en mi Salón, disfrutando de mi música.

La Sonata Gitana había sido un éxito incluso sin estar terminada, y estaba seguro que podría completarla si ella estaba a mi lado. Esa canción reflejaba mis emociones hacia mi gitana y la mejor parte aun no llegaba.

Las personas comenzaron a llegar justo al ocultarse el sol, y el Gran Salón se llenó en poco tiempo. Finas damas, caballeros immaculados y personalidades que era difícil de ignorar, pero ninguno de ellos era ella. Ni un solo gitano se presentó esa noche.

Fue una fiesta más que aceptable. La comida fue una obra de arte por

parte de los sirvientes, y el entretenimiento fue meramente mío. La gente me amó. A la mañana siguiente desperté acompañado por una bella mujer de la cual no recordaba ni su nombre.

Gerard había dado un pase libre al libertinaje, y debo admitir que no soy ni seré un buen bebedor, por lo que mis recuerdos fueron borrosos. Eché a la dama educadamente de mi cama, y seguí durmiendo hasta que mi amigo alemán me levantó a los gritos desde la ante sala de mi habitación.

—*¡Vamos! ¡Levántate, date un baño, y come algo! ¡Esta noche vendrá más gente!* —vociferó el médico.

Había transcurrido una semana completa de desenfrenos en la cual no vi a Kostana. Incluso durante el día, ella no aparecía por mi ventana. Me sentí traicionado y bastante decepcionado.

El inicio de la semana siguiente las cosas no cambiaron, y Gerard continuaba con sus fiestas. Pero la noche del día martes fue diferente.

Fue una bendición de los cielos...

La velada no comenzó muy bien. Afuera llovía copiosamente y muchos de los invitados rechazaron la invitación al ver que se mojarían. Londinenses que no merecían hacerse llamar como tales. En cambio, recibimos la presencia de los gitanos.

Uno detrás del otro, los robustos hombres entraron en la casa como si fuese propia y se pusieron cómodos tan rápidamente que le ahorraron a Gerard la formalidad de la bienvenida.

Muchos eran músicos, los había visto tocar en las dos festividades a las que había asistido, y no tardaron mucho en sacar sus instrumentos a la luz. Las mujeres hicieron gala de sus cualidades acompañando la música con sus exóticos bailes. Me sentí intimidado, ya que la música era con lo único que yo podía sorprenderlos. No tenía nada que hacer allí más que ocupar un espacio sobre el banquillo del pianoforte.

Gerard ingresó al Gran Salón escoltando a mi bella Kostana. La sostenía del brazo y ambos reían al entrar. En ese instante algo se rompió dentro de mí. Eran celos. Lo sabía y lo aceptaba, pero no lo soportaba. No quería que él la tocara, ni que pronunciara su nombre en voz alta.

Él como buen amigo que yo no dudaba que fuera, la arrastró sin que ella se diera cuenta hasta donde yo estaba, y la abandonó junto a mí.

—*Lucian ¿verdad?* —ella me preguntó al ver que era la única persona cerca y que el alemán había desaparecido.

—*Correcto*—me puse de pie y tomé su mano— *Me alegra que hayan venido a mi hogar* —besé su mano con seguridad y delicadeza, aunque en mi interior estaba desfalleciendo por los nervios.

Mi corazón latía tan fuerte que sobreactuaba mi tranquilidad, temía que el estrepitoso latir de mi pecho se oyera en el Salón y por encima de la estridente música.

Hice un gran esfuerzo para sobreponerme y sentarme a su lado.

—*¿Tocarás tu Sonata?* —me preguntó, girando hacia las teclas de marfil de mi pianoforte y dedicándome una sonrisa para que yo hiciera lo mismo.

No pude negarme, no pude siquiera responderle que lo haría. Puse mis manos sobre mi instrumento y tras verla pedir a sus hermanos gitanos que callaran, toqué mi famosa Sonata Gitana para quien la había inspirado.

Ella se mantuvo en silencio junto a mí, prestando atención a mis dedos. Me encontraba tan concentrado en no estropear la pieza que ignoré el hecho de que todos en el Gran Salón habían hecho silencio y me escuchaban hipnotizados. Cuando por fin lo noté, estaba en los últimos minutos de la Sonata inconclusa. Entonces... entré en pánico.

Mis dedos se endurecieron y fallé múltiples veces, pero aun así me aplaudieron. Algunos silbaron y gritaron mi nombre como si se tratase de una fiesta de bar.

Me hicieron sentir lleno. Hasta el día de hoy agradezco ese gesto de parte de los gitanos.

La bebida y la comida corrieron sin límites. Nuestros invitados eran mucho más liberales que las personas que solíamos frecuentar, y sus costumbres resaltaron a primera vista.

A pesar del ruido, de los canticos y las cosas que se rompían de vez en vez, yo me quedé junto a Kostana y poco a poco me fui soltando a su hechizo. Al principio sólo era un niño tímido cuidando mis palabras y estudiando sus gestos, pero con cada copa de brandy me soltaba un poco más.

Le pedí que me contara de su vida, dónde había nacido, cómo era

Francia. Hasta le pregunté de sus amores. Ella fue generosa, y me regaló cada detalle. Admitió avergonzada que odiaba Londres, odiaba la lluvia, la neblina. Su desagrado creció luego de que un londinense les robara su dinero.

Tragué con dificultad al escucharla, mientras que en mi interior gritaba por piedad.

A mitad de la noche, me sentía en las nubes. Afuera la tormenta continuaba, pero dentro de las paredes de la Casa todo era muy distinto. La temperatura había subido gracias al hogar y la cantidad de gente en movimiento. El humo de los cigarrillos se había condensado y creaba una neblina que no te permitía ver más allá de los dos metros de distancia.

Yo había abandonado mi puesto de pianista sólo para brindarle toda mi atención a la gitana, pero aun así, la música no faltaba. La Sala principal se había convertido en todo lo que Elene odiaba: un antro de perdición, y ella no estaba allí para ponerle fin.

Las horas pasaron y yo permanecí estoico a su lado. Tomó mi mano y leyó mi futuro prediciendo tiempos turbulentos, un amor salvaje, y una gran pérdida. Sabía que ese palabrerío eran sólo engaños para los ciudadanos, pero no me importó. Me convencí por unos instantes que eso era verdad y la escuché con atención.

Varios gitanos ya se encontraban tirados sobre el suelo, inconscientes o dormidos. Un par de mujeres deambulaban por el Salón intentando bailar, y el resto sufrían un envenenamiento por destilados que los mantenían quietos y mansos.

Yo me sentía mareado, había bebido más de cinco copas de Brandy sólo para poder hablar fluidamente con Kostana. Mientras, ella estaba fresca. Había degustado una pequeña copa y luego no bebió más durante toda la noche. Me sentía orgulloso de su autocontrol, adoraba su acento francés, estaba enamorado de sus ojos color esmeralda, y no podía esperar a decirle que éramos el uno para el otro.

Gradualmente los gitanos fueron abandonando la Casa Van Curen. Uno por uno, haciendo una caminata que inspiraba vergüenza ajena por las calles de Londres. A ellos no les importaba. Tambaleantes y adormitados se alejaron de la ciudad. Todos, excepto Kostana...

Mi corazón latía muy rápido, sentía mis manos adormecidas y mis músculos se habían tensionado. Ella permanecía sentada en el banquillo, esperando.

Busqué nervioso algo en el Salón para continuar con nuestra

conversación, pero no había más que decir.

—*Creo que debo dejarte ir...* —dije entre risas nerviosas, pero no podía soportar despedirla.

Ella en cambio se veía calmada, segura. Amé eso.

—*¿Puedo quedarme?* —ella preguntó.

Tardé un instante en comprender qué había dicho, quedando con cara de tonto frente a ella pero, al razonar su pedido, mi ser se llenó de colores.

—*Claro. Puedes usar una habitación de huéspedes o...*—estudié su rostro lo más rápido que pude, y en mi pausa eterna que duró pocos segundos, continué— *O puedes dormir en mi recamara...*— señalé la puerta oscura al fondo del Salón.

Ella giró para ver la puerta, y sin decir palabra alguna se puso de pie y caminó hacia ella.

“*No puede ser, no puede ser...No puede ser*”. Era lo único que repetía en mi cabeza.

Me puse de pie y la seguí. En la decena de pasos que me tomó alcanzarla, recapitulé cada momento de la velada. Busqué el instante en que ella se había dado cuenta de nuestra conexión, pero no lo hallé.

Ella me había elegido antes de entrar a la Casa Van Curen...

Entré en la habitación y la vi recostada sobre mi cama, observándome mientras se quitaba la blusa holgada que vestía a la perfección.

Había dormido con una centena de prostitutas, incluso amado a una hermosa doncella francesa. Había imaginado ese momento durante mucho tiempo pero jamás, nunca jamás, podría haber previsto que esa noche sería la más gloriosa de toda mi existencia.

La amé en cada instante, adoré su figura como si estuviese adorando a Dios. Le entregué todo mi ser y ella hizo con él lo que quiso. Ella era mi musa, la razón de mi música, mi única inspiración, y no podría jamás reemplazarla después de esa noche.

Me mantuve despierto una vez terminamos. Ella se acurrucó junto a mí y no dude en abrazarla, en ocultarla bajo las sábanas para que el frío del

exterior no pudiera tocarla. El primer día del resto de mi vida había comenzado, y mi felicidad sobrepasaba todo lo demás.

No importaba la muerte de Elizabeth, no importaba que Ingrid me hubiera abandonado, no me importaba que Lucrecia ya no trabajara más en la casa, ni mucho menos importaba la muerte de mi padre.

Sólo existía ella y yo.

## X

Los pájaros comenzaron a cantar junto a mi ventana muy temprano en la mañana. Yo no había dormido ni un sólo minuto para poder admirar a Kostana descansar. El sonido de las aves no me molestaba, pero empezaron a despertar a la gitana.

Ella abrió los ojos con lentitud y los fijó en mí. Le sonreí intentando que mi gesto no fuese demasiado animado, no quería asustarla, no quería que supiera que había permanecido despierto toda la noche observándola. Eso podría haberle parecido aterrador.

—*¿Deseas comer algo?* —le pregunté.

Ella dio un vistazo rápido al resto de la habitación y salió de la cama buscando su ropa.

—*Claro, me apetece desayunar* —me respondió mientras se vestía.

La admiré hasta que giró hacia mí, momento donde alejé la mirada y comencé a vestirme.

Todos los sirvientes dormían. Era muy temprano para encontrar alguno en la cocina, por lo que excusándome con la gitana me dirigí a planta baja y desperté a tres subordinados. Les ordené que prepararan el desayuno más

abundante. ¡Y rápido!, o los despediría. Aquella amenaza logró que, en poco tiempo, Kostana y yo estuviésemos degustando un increíble desayuno en el Gran Salón, que aún permanecía sucio y desordenado por la fiesta.

Yo tenía mucho para decirle. Después de la primera noche de intimidad me sentía con la seguridad como para sincerarme, pero ella estaba en silencio.

Sus ojos se posaron sobre su taza de té. Estaban apagados.

Podía notar que su mente se encontraba muy lejos de allí.

—*Kostana...* —murmuré su nombre y levantó la mirada hacia mí—  
*¿Deseas algo más?*

—*No, gracias. Debería irme...*— posó su mano sobre la mía y me sonrió.

Era temprano, teníamos todo el día para nosotros y ella deseaba irse en ese momento.

—*Pero...* —busqué en mi cabeza una excusa para que no huyera de mí—  
*Tenemos todo el día para hacer lo que quieras.*

—*No quiero molestarte* —se puso de pie y antes de decir otra cosa, se alejó.

Le seguí y la detuve junto a mi pianoforte.

—*No puedes, yo...yo necesito que hablemos sobre anoche. Quiero contarte tantas cosas, Kostana* —tomé sus manos entre las mías y la miré a los ojos.

—*Lucian, lo pase muy bien anoche, pero debo irme...*—poco a poco y acompañada de una dulce voz, se desligó de mi agarre—  
*Partiremos pronto hacia Francia-* sonrió.

—*¿Cuándo?* —mi cuerpo se entumeció y un gran vacío comenzó a carcomer todo mi interior—  
*No puedes irte...*

—*Pronto. Tenemos el dinero y todo está listo para partir* —ella dijo, y

su mano acarició mi mejilla suavemente— *Adiós.*

Me tomó un par de segundos entender su despedida. En mi mente no había lugar para ese “*Adiós*”, no existía la alternativa de que ella me abandonara. Ella no podía ser como los demás.

—*¡No!* —tomé su brazo antes de que se alejara por completo— *No entiendes, Kostana.*

—*Por favor, suelta mi brazo. Tengo que irme-* su incomodidad creció rápidamente. Mi agarre era seguro y fuerte— *¡Me lastimas!*— chilló.

—*Escúchame...* —tomé sus dos brazos- *Cásate conmigo, tendrás todo esto. Somos el uno para el otro, querida.*

—*¿Qué?*—la gitana estaba confundida. Seguramente mi aspecto nervioso no ayudó para que mi propuesta fuese convincente, pero era lo único que podía hacer en ese momento.

—*Te he observado durante meses, te he admirado y he dedicado mis días a amarte desde la distancia...* —observé su rostro aterrorizado — *Kostana, mi obra maestra es una melodía inspirada en ti. La Sonata Gitana es el primer regalo que puedo darte. Si te quedas conmigo, tendrás todo lo que yo tengo y más.*

Intentaba soltarse de mí, ella no entendía mis palabras.

—*Desde el primer día en que te vi, sabía que debíamos estar juntos. Anoche me convencí de eso. No puedes negarme que tú también lo sentiste* — mi voz se apaciguó. Por un instante noté en sus ojos la calma.

Ella por fin lograba entender lo que el Universo nos había regalado.

—*¿La Sonata es por mí?* —preguntó atónita.

—*¡Sí! La Sonata es para tí y por tí. He hecho tantas cosas para que nos conociéramos.*

—*Lucian, es muy tierno de tu parte pero debo irme-* su voz se fracturó.

—*¡No! ¡Kostana, debes entender!*— la traje hacia mí y mis puños apretaron con fuerza sus brazos.

—*¡Déjame ir! ¡No me quedaré! ¡No me casaré contigo!*— forcejeaba e intentaba no verme a la cara.

—*¿Cómo puedes decir eso? ¿Cómo te atreves a rechazarme luego de todo lo que pasamos? ¿Después de todo lo que he hecho por ti?* —la solté, empujándola sobre el sofá.

Ella se encontraba despeinada, temerosa, y sus hermosos ojos color esmeralda se empañaban anticipando el llanto.

—*¡No te conozco! ¡Eres un maldito psicópata!* —me gritó desesperada. Inmóvil sobre el sofá, pude notar que observaba la entrada. Yo sabía lo que intentaría hacer.

—*¿Cómo puedes decir eso? Yo te compuse la mejor melodía que toda Europa podría escuchar. Si no fuese por mí, tú no estarías en Londres todavía. Jamás hubieses tenido la oportunidad de ser una Van Curen* —el incendio había despertado, y esta vez quemaba todo a su paso.

—*¿Qué?* —su ceño se frunció ante mi declaración.

—*¡Yo robé el dinero de la Fiesta de la Luna! ¡Deberías agradecerme! ¡Sin mí, seguirías siendo una sucia gitana! ¡Te estoy ofreciendo una vida nueva y mi eterna devoción!* —grité dejando mi corazón al descubierto, y sin reparos me abalancé sobre ella. La tomé de los hombros y la levanté del sillón.

—*Maldito hijo de...*—murmuró para luego dar rienda suelta a una seguidilla de insultos en francés.

—*¿Acaso no entiendes lo que ocurrió anoche?*—insistí. Intenté

frenarla, pero estaba endemoniada.

—*¿Lo que ocurrió anoche? ¡Tu amigo me pagó para que te escuchara hablar, para que te soportara durante la cena y terminara en tu cama! ¿Cómo puedes creer que yo me interesaría en un hombre como tú?* —al terminar de lacerarme con esas palabras, escupió en mi cara. Las lágrimas de rabia caían por sus mejillas como una cascada.

La miré con frialdad. Esa bellísima dama, la mujer de mis sueños, no era más que otra mujerzuela.

—*¡Suéltame! ¡¿Cómo pudiste hacer esto?! ¡Arruinaste a mi familia, maldito desgraciado!* —Kostana estaba furiosa y me golpeaba el pecho para que la liberara. Su voz cada vez más aguda y enojada podía llegar a cada rincón de la Casa, pero no me importaba.

—*¿Gerard te pagó...?* —fue lo único que pude escuchar de sus palabras. Nada de lo demás me había interesado. Ni sus insultos, ni sus golpes, ni su desprecio hacia mí.

—*¡Déjame ir! ¡Sólo me quedé contigo porque tu amigo pagó más de lo que necesitábamos para irnos de este maldito lugar!*

Lentamente la solté. Me quedé helado, petrificado ante la traición de Gerard y el verdadero rostro del amor de mi vida. La desolación arrasó en mi interior. Me sentía sucio, traicionado, y la furia se elevaba cada vez más.

Kostana se alejó unos pasos midiendo mi estado de catalepsia, y comenzó su carrera hasta la puerta del Salón. No dudé en seguirla y frenarla antes de que girara el pestillo de la puerta, y la arrastré hasta el pianoforte nuevamente.

—*¡Déjame ir, por favor!* —su llanto se hizo presente, sonoro y desgarrador.

Imploraba por la libertad que ella me había robado al enamorarme. Yo estaba consciente de cada movimiento, deseaba odiarla con tanto poder que termine detestándola. Mi gitana era igual que las demás prostitutas al haber

vendido su dignidad por unas cuantas monedas de oro. No era más que otra mujer interesada, sin amor propio ni por mí.

La arrastré haciendo oídos sordos a sus suplicas, a sus gritos de socorro para quien sea que estuviese cerca. La acosté sobre el pianoforte y mis manos viajaron inmediatamente a su garganta.

—*¿Cómo pudiste hacerme esto?* —le exigí una respuesta, pero ella no podía responder. Mis manos abrazaron su cuello y mi ira se deslizó hasta mis dedos.

—*¡Todo lo que he hecho por ti! ¡Eres una ramera!* —grité. No pude frenar mis lágrimas. Kostana me había quitado todo.

Sus piernas golpeaban mi cuerpo y sus manos intentaban alejar las mías de su cuello, pero ya no había vuelta atrás. Calló sus gritos para poder respirar, su rostro se enrojeció, y sólo podía modular una que otra palabra.

—*¡Me has traicionado, Kostana!* —grité, y aumenté la fuerza de mi agarre.

Sus ojos abiertos de par en par, hinchados y húmedos, buscaban con desesperación una mano amiga para escapar. Me mantuve sobre ella hasta que sus piernas se debilitaron y sus manos casi sin fuerza dejaron de rasguñar las mías. Me miró con sus ojos llenos de temor e incertidumbre segundos antes de perderse en la oscuridad.

La luz de sus pupilas se apagó, y todo su cuerpo sucumbió ante mí. Kostana estaba muerta.

La tomé entre mis brazos y la dejé sobre el sofá.

Yo estaba muerto por dentro. Ella había tomado mi corazón y lo había tirado a las llamas. Ya no tenía emociones, no sentía pena por ella, ni rabia, ni odio.

Abrí el pianoforte dejando la tapa trabada, y tomé a Kostana gentilmente. La recosté dentro de mi instrumento y, dando una última mirada al ángel de mis pesadillas, cerré la compuerta.

Me quedé un largo tiempo frente al pianoforte, esperando a que ella despertara y rogara por mi perdón, pero sabía que aquello no sucedería.

Gerard abrió la puerta del Salón al medio día, y con una sonrisa en su

cara preguntó como lo había pasado la noche anterior. Le mentí.

Desempeñando mi mejor papel, me mostré enojado, decepcionado, y le dije que mi bella gitana había intentado robarme. Ella había llenado sus bolsillos con mis joyas y yo me había dado cuenta. La había echado de la Casa Van Curen y mi enamoramiento había cesado al ver su inmoral accionar.

El ingenuo de Gerard lo creyó, y tras unas palabras de fortaleza, nos dirigimos a almorzar.

Los días siguientes fueron grises y monótonos. Abracé mi arte con fuerza y toqué todos los días.

Los gitanos tocaron a la puerta muchas veces, exigiendo ver a Kostana, pero mi amigo se las arregló para convencerlos de que ella había dejado la propiedad llevándose muchas cosas de valor. Ellos creyeron que ella los había abandonado y, luego de una semana, comenzaron su viaje a Francia.

Todo de cierta forma se había ordenado. Mi madre fue ejecutada poco tiempo después, Gerard accedió a cambiar su fecha de viaje hasta después del juicio, aunque eventualmente me dejaría para ir a la reunión de sabios de la medicina; y Kostana...ella ahora dormía eternamente acobijada por el instrumento de mi alma.

Todas las piezas habían encajado para mostrarme que el mundo sólo era un gran saco de pestilencia. Desde el primer instante que tuve conciencia para entender la muerte de mi padre, todos a mi alrededor morfaron a seres interesados, vacíos de sentimientos. Disfrutaban de mi tristeza, de mi abandono, y ahora que lo entendía todo, había optado por quedarme con lo que jamás me había lastimado: la música.

Despedí a la mayoría de los sirvientes, y me escondí entre las paredes del Salón, tocando hasta que mis dedos sangraran. Gerard notó mi cambio, pero nada pudo hacer.

La mañana en la que partiría de Londres, tocó a la puerta de mi habitación.

—*Amigo...* —su voz entristecida y tímida llegó a mí— *¿Saldrás a despedirme?*

—*Si...* —fue lo único que dije.

—*Te esperaré aquí afuera* —escuché sus pasos alejarse de la puerta, y

con la poca energía que tenía en mis huesos, me vestí.

Mientras ultimaba los detalles de mi ropa y rociaba una fragancia en mí, escuché los pasos apresurados de Gerard abandonando el Salón. El golpe seco y contundente de la puerta me alertó. Salí de mi recámara y encontré el lugar vacío. Él se había ido.

No deseaba perseguirlo, no quería verle en lo absoluto, por lo que sin hacer esfuerzo de alcanzarle me encerré en mi cuarto nuevamente, y me arrojé sobre la cama.

No recuerdo si soñé algo. Si tan sólo descansé mis ojos por unos minutos o por horas. Lo único que recuerdo fue la voz de Gerard detrás de mi puerta, otra vez.

—*Lucian, sal por favor...* —esta vez le escuché serio, frío y tajante.

Me levanté a duras penas y al abrir la puerta creí seguir soñando. No estaba sólo él. Gerard estaba de pie junto al pianoforte, escoltado por cuatro hombres...cuatro oficiales. Mi querido amigo tenía clavados sus ojos en el suelo.

—*¿Qué ocurre?* —pregunté confundido. Fue sólo cuando vi al oficial levantar la tapa de mi instrumento que entendí lo que ocurría.

Una cortina de pestilencia llegó a mi nariz como pasó con todos los demás. Me había acostumbrado a la podredumbre al estar todos los días junto al pianoforte, pero Gerard no. Él lo había notado al estar unos minutos junto al instrumento y, en su curiosidad, no dudó en abrirlo.

Él me había delatado, me había arrojado sobre las bestias como alimento.

No dije nada, me quedé estoico frente a ellos mientras los oficiales observaban la escena del crimen, y segundos después arremetieron contra mí.

Gerard no se despidió, sólo observó mi caminata de vergüenza mientras los oficiales me empujaban hacia la calle. No volví a verlo, no tuve más noticia suya. Me encerraron en la misma celda que habían encerrado a Elene.

Me negaron la luz del exterior y me trataron como un criminal. Pasé hambre y frío por muchos días, por primera vez en mi vida. Pero un día, un

sacerdote llegó a mi celda.

Con una voz queda y la mirada triste me notificó que ya me habían juzgado, y que mi castigo sería inminente. Ese hombre de cabello cano y voz rasposa me escuchó durante horas y, en los últimos minutos de su visita, me dijo que Dios me había perdonado. Pero yo no tenía nada por lo que pedir perdón, nada de lo que había hecho durante mi corta vida me había provocado arrepentimiento.

Han pasado cinco días de su visita. Me dieron a elegir un último deseo antes de ser castigado. Yo he pedido mucho papel y una pluma para poder escribir.

Al principio pensé que escribir mis vivencias me traería paz, entendería por qué los demás veían mi accionar tan deplorable.

Pero ahora que estoy en las últimas estrofas de mi vida, no logro entenderlo.

Yo hice arte, yo intenté refrenar un veneno que me consumía por dentro. Yo amé y pedí ser amado, y me rechazaron en cada instancia. Me traicionaron, me golpearon, me insultaron y me abandonaron. El único que supo abrazarme y cuidarme a pesar de nuestras diferencias, fue la música. Y sólo con ella estaré eternamente agradecido.

\*

Como dije al principio:

*“Las cosas pudieron haberse desarrollado de otra manera...”* pero no me arrepiento.

El oficial está ahora en la puerta de mi celda. La ley ha dictaminado que la condena justa para mí será morir ahorcado.

No temo morir. La muerte fue la única amante que supo entenderme y sé que mi historia no terminará aquí. Mi nombre ha llegado a todos los corazones de Europa, y ya sea por mi bellísima música o por mis actos sangrientos, yo seré eterno, como mi Sonata.

Espero que los oficiales no destruyan este escrito. Si lo estás leyendo, me despido cordialmente.

*Lucian Van Curen.*





**Copyright** © 2017 Colt

All rights reserved.

ISBN: 978-987-42-5903-5